



## Tiempo y Sujeto (X): Aspectos Neurofisiológicos de la Conciencia del Tiempo

Mario Toboso Martín

Hasta el momento, el interés principal de nuestra investigación ha girado en torno al estudio fenomenológico de la conciencia del tiempo.<sup>1</sup> No obstante, siendo la fenomenología un planteamiento especialmente adecuado para favorecer la comunicación desde la filosofía con otras perspectivas de análisis acerca del tiempo, tales como la psicológica o la sociológica, lo característico del estudio de este concepto es no agotarse sobre ninguna de tales (ni otras: semántica y ciencia cognitiva, neurociencia, antropología, biología, física, etc.) disciplinas, sino extenderse sobre todas ellas. Quizá por esta razón, en su estado actual el ámbito de nuestro estudio se ha derivado hacia aspectos enmarcables dentro de lo que podríamos considerar una *neurofisiología* de la conciencia del tiempo, habida cuenta de que una premisa básica con la que trabajamos es que su representación y vivencia implican fenómenos de carácter cognitivo en los que la subjetividad desempeña el papel fundamental, de modo que concebimos el tiempo como el resultado de la actividad de representación llevada a cabo por el sujeto, y esta actividad remite en última instancia a aspectos de naturaleza neurofisiológica. Por ello, nos parece clara la relevancia de la actividad cerebral en la configuración de la conciencia del tiempo. Como paso previo, antes de proceder al análisis de tales aspectos, vamos a reseñar los contenidos fundamentales de nuestro análisis fenomenológico de dicha conciencia.

### § 1. El «campo de presencia» del sujeto.

Comencemos tomando en consideración la noción de «campo de presencia», debida a Merleau-Ponty, pues es en él donde —según nos dice— el sujeto toma contacto de una manera inmediata con el tiempo y aprehende su transcurso. Así, la experiencia originaria en la que el tiempo y sus diferentes dimensiones se le muestran sin distancia interpuesta y en una evidencia última, consiste en *tener «a la mano»* en dicho campo las representaciones y los contenidos de conciencia. El campo de presencia constituye el contexto temporal en que sus acciones se desenvuelven y donde todo acontecimiento debe integrarse para cobrar algún sentido en su quehacer. En este marco, en el que el sujeto aprehende el transcurso de su acción en el tiempo, se pone

---

<sup>1</sup> Véase la serie de artículos «Tiempo y sujeto» (I) - (IX) publicados en *A Parte Rei*, entre los números 27 (mayo, 2003) y 39 (mayo, 2005). Por su carácter sintético nos servirá especialmente, como referencia para el presente trabajo, el publicado en el número 34 (julio, 2004) titulado «Propuesta de una nueva teoría del tiempo».

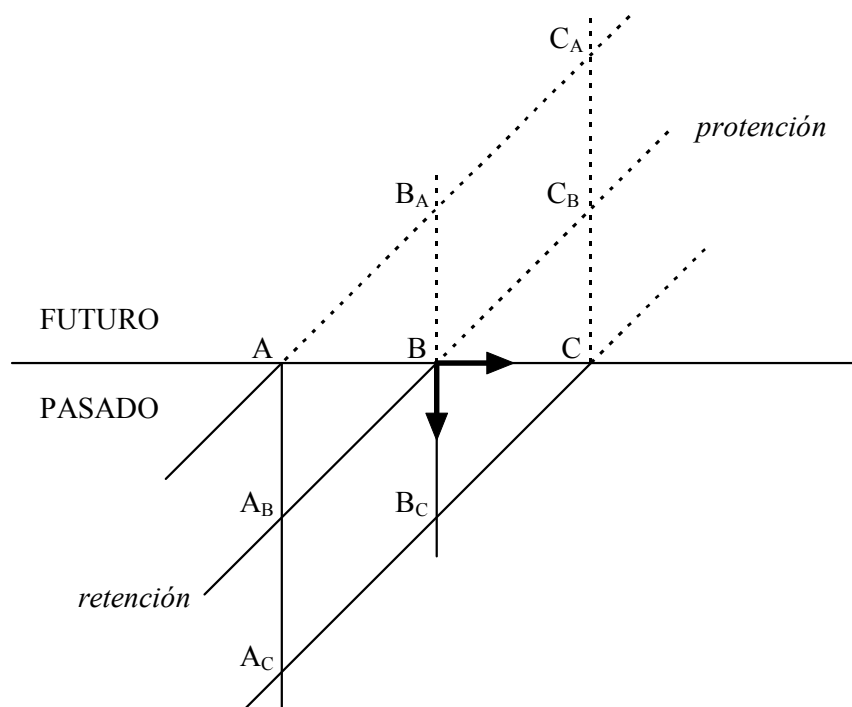
en juego un fenómeno de doble proyección intencional que le permite *tener «a la mano»* sucesos y contenidos desposeídos de la inmediatez atribuible a lo actual.<sup>2</sup> Según se proyecte su extensión intencional hacia el pasado o hacia el futuro hablaremos, respectivamente, de *retenciones* y *protenciones* como las proyecciones intencionales específicas que hacen a la conciencia «temporal», y a la vez «temporalizadora» (Merleau-Ponty, 2000: 423 y 424).

El campo de presencia queda configurado así por sendos horizontes de retenciones y protenciones que en todo momento remiten a la conciencia la presencia de un «ya no», que la deriva hacia el pasado, y anticipan, a su vez, un «todavía no», que la proyecta hacia el porvenir. Esta «red de intencionalidades» (Merleau-Ponty, 2000: 425) se modifica enteramente con cada nuevo momento, que recién llegado al horizonte mismo del campo de presencia es aprehendido como pasado reciente, aunque no por ello estoy escindido de él —señala Merleau-Ponty—, ya que lo reconozco como parte de ese contexto temporal, al que me anclan tanto las retenciones como las protenciones. La trama del tiempo se ofrece, de este modo, como un tejido en permanente cambio, pues anclado al contexto de su campo de presencia el sujeto reinterpreta a cada momento la realidad temporal que, como tal entramado, no se agota en una mera «sucesión de horas» puntuales cuya imagen conservase —y que enlazados unos con otros formasen *una línea*—, sino que se sustenta en la distensión y extensión de su propio horizonte inmediato de actuación.

La que denominamos *representación bidimensional* del campo de presencia del sujeto cognoscente se muestra en la Figura 1. En referencia a la naturaleza bidimensional de esta representación, hablaremos de la *distensión* del campo de presencia por las categorías temporales «pasado» y «futuro», y de su *extensión* por las categorías «antes» y «después». Así, entenderemos como *categorías distensivas* del campo de presencia las categorías (pasado / futuro), constitutivas de las dos vertientes —semiplanos inferior y superior— de su representación bidimensional. Por otra parte, nos referiremos a las categorías (antes / después) como las *categorías extensivas* responsables de «extender» el campo a lo largo de la línea horizontal, denominada *línea de los ahora*. En términos generales, consideraremos que las categorías distensivas son las responsables de la dimensión vertical (distensión) del campo de presencia que se representa en la Figura 1, en tanto que las categorías extensivas lo son de su dimensión horizontal (extensión).

---

<sup>2</sup> De larga tradición en el ámbito de la filosofía, la noción de *intencionalidad* cobra importancia especial en la fenomenología de Husserl, destacándose como el problema capital de la misma (Husserl, 1993: 348). Como propiedad fundamental de la conciencia, la intencionalidad caracteriza las vivencias, por cuanto corresponde siempre a éstas ser «conciencia de algo». Así, una percepción será una percepción de algo, digamos de una cosa percibida; un juzgar, un juzgar de una relación objetiva; una valoración, de una relación de valor; un desear, de un objeto deseado, etc. Llevada a cabo una vivencia (o acto) intencional de manera actual, en ella el sujeto cognoscente «se dirige hacia» el objeto intencional, que es el correlato pleno del acto de conciencia; y en este «dirigirse hacia», el sujeto será percipiente en la percepción, fingidor en la ficción, volente en el querer, etc., llevando a cabo, por medio de dicho «dirigirse hacia», la *conciencia de ese algo*. Por profunda que sea la alteración que experimentan los contenidos actuales de la conciencia al pasar a la inactualidad, siguen teniendo, no obstante, una significativa comunidad de esencia con los primeros, pues la propiedad esencial de la conciencia de ser *conciencia de algo* se conserva en el curso de la modificación (Husserl, 1993: 81, 83 y 199).



**Figura 1:** Representación bidimensional del campo de presencia del sujeto.

Atendamos a la descripción siguiente de los diferentes elementos que conforman la representación bidimensional del campo de presencia, mostrada en la Figura 1. A grandes rasgos, la línea horizontal representa la denominada serie o *línea de los ahora*, en tanto que las líneas oblicuas —que denominaremos *líneas vivenciales*— esbozan las retenciones y protenciones respectivas de esos mismos ahora vistos desde un ahora posterior y anterior. Sobre estas líneas vivenciales se configura a cada momento la vivencia temporal del sujeto, perfilándose hacia las vertientes pasado y futuro de su campo de presencia, en cuanto contexto en el que tienen cabida todos los posibles contenidos a los que remiten, respectivamente, las proyecciones retentiva y protentiva. Por otra parte, las líneas verticales recogen el conjunto de protenciones y retenciones relativas a un mismo ahora.

Contrariamente a lo mostrado en su representación original (Merleau-Ponty, 2000: 425), debemos señalar que no cabe limitar a izquierda y derecha la línea horizontal de los ahora por las categorías descriptivas «pasado» y «futuro», ya que todos los puntos A, B, C, etc., que la conforman comparten la misma actualidad característica de todo ahora. No debe considerarse, por tanto, que el punto A sea *pasado* con respecto a los puntos B y C, sino que *pasados* lo serán los puntos  $A_B$  y  $A_C$ , relacionados con B y C por medio de la retención intencional que se esboza a partir de ellos. De igual manera, no corresponde al punto C la cualidad de ser *futuro* con respecto a los puntos A y B, sino a los puntos  $C_A$  y  $C_B$ , que remiten a los anteriores en calidad de protenciones respectivas del punto C. Pensamos que la cualidad de «futuro» debe corresponder, entonces, a los puntos del semiplano superior, tales como  $B_A$ ,  $C_A$ ,  $C_B$ , etc., en tanto que la cualidad de «pasado» debe atribuirse a los puntos contenidos en el semiplano inferior, es decir,  $A_B$ ,  $A_C$ ,  $B_C$ , etc., tal y como se muestra en la Figura 1.

En lo tocante a las categorías extensivas «antes» y «después», éstas se inscriben en la línea horizontal de los ahora, estableciendo, de hecho, la relación de anterioridad y posterioridad entre sus puntos. La razón por la que no se muestran explícitamente estas categorías en la Figura 1 —y sí se muestran las categorías distensivas «pasado» y «futuro»— tiene que ver con el hecho de que cualquier punto de la línea

de los ahora es *anterior*, o *posterior*, sólo con relación a otros puntos de la misma línea, lo que no sucede con los puntos incluidos en los semiplanos inferior y superior, que pueden considerarse *pasados* o *futuros*, en sí mismos, sin más que tener en cuenta su pertenencia a dichos semiplanos; de ahí que las categorías distensivas «pasado» y «futuro» describan adecuadamente una cualidad inherente a todos los puntos de tales semiplanos. En el caso de las categorías extensivas «antes» y «después», los puntos situados *hacia la derecha* de dicha línea no son por ello *posteriores*, en un sentido absoluto, y *anteriores* aquellos otros situados *hacia la izquierda*, pues estas categorías no describen cualidad inherente alguna a los puntos de la línea horizontal, sino que lo que expresan es la relación extensiva —de anterioridad y posterioridad— entre los puntos que configuran, como tal, la línea de los ahora.

Para comprender la dinámica de transcurso temporal implícita en la Figura 1 notemos que cuando el ahora A pasa a B, y éste luego a C, *retenemos* aquél primero como  $A_B$  y luego como  $A_C$ . Con cada momento que viene, el momento precedente se modifica; lo tengo «a la mano», está aún ahí, y sin embargo *se hunde* ya, y desciende bajo la línea de los ahora. Para conservarlo es necesario que tienda la mano a través de una delgada capa de tiempo. Tengo el poder de alcanzarlo tal y como acaba de ser, pues no estoy escindido de él, pero, en fin, no sería «pasado» si nada hubiese cambiado; se perfila ya como *retención* en mi presente, cuando era hace un instante mi propio presente. Al sobrevenir un tercer momento, el segundo sufre una nueva modificación; de retención que era pasa a ser *retención de retención*, y la capa de tiempo entre él y yo se espesa (Merleau-Ponty, 2000: 424). Así, cuando pasamos de B a C, se produce como una desintegración de B en  $B_C$ , a la vez que  $A_B$  se perfila como  $A_C$ .

Debemos insistir en que dentro de esta línea el ahora A —según lo dicho— es *anterior* a B, pero *no es pasado* con relación al ahora B, sino que lo que es *pasado* con relación al ahora B es el esbozo, o contenido,  $A_B$  que *se hunde* en el semiplano inferior. No cabe, por tanto, establecer entre los puntos que configuran la línea de los ahora una relación *de pasado a futuro*, pues estas categorías distensivas resultan sólo aplicables a los contenidos pertenecientes a los dos semiplanos —el inferior y el superior— que representan las vertientes pasado y futuro del campo de presencia. Resulta natural suponer que, al margen de las categorías temporales distensivas recién mencionadas, la relación entre los puntos A, B, C, etc., que conforman la línea de los ahora, sea, por lo tanto, una relación *de antes a después*, basada únicamente en las categorías extensivas del citado campo. Podemos decir que, en lo tocante a la conciencia del tiempo, nuestro estudio tiene uno de sus pilares básicos en el análisis de las categorías (distensivas y extensivas) que intervienen en dicha conciencia y que se concitan en la estructura categorial del campo de presencia, el cual no es otra cosa —digámoslo así— que la propia conciencia del tiempo configurada como un campo sobre tales categorías.

## § 2. El transcurso del tiempo.

A la hora de describir el fenómeno del transcurso del tiempo se suelen distinguir habitualmente dos clases de «movimiento» relativos al mismo: 1) Según una primera imagen, se describe dicho fenómeno como una corriente en la que todo momento futuro vendría hacia el presente y se alejaría, finalmente, hacia el pasado. 2) Por otra parte, también suele considerarse que el fenómeno del transcurso del tiempo consiste en un avance progresivo del momento presente hacia el futuro.

Debemos destacar que las imágenes asociadas a estos movimientos 1 y 2 obedecen a elaboraciones diferentes de la conciencia del sujeto en relación con la vivencia del fenómeno del transcurso del tiempo. La distinción entre ambas imágenes se

basa en que podemos aprehender dicho fenómeno desde dos perspectivas diferentes, que no constituyen sólo puntos de vista teóricos desde los que el sujeto elaborase las correspondientes descripciones, sino que tienen su fundamento último en experiencias psicológicas y situaciones vivenciales características.<sup>3</sup>

De acuerdo con la presentación de estos dos movimientos, cabe también referirse al «presente» de una manera ambivalente; al transcurso del tiempo entendido según el mencionado movimiento 1 le corresponderá un presente que es parte misma de la corriente, que antes era *futuro* y de inmediato se hará *pasado*; se trata de un presente que denominaremos «fluyente». Con respecto al tiempo que avanza hacia el futuro, según el movimiento 2, habrá que entender el presente, que denominaremos «fijo», como un punto que se mantiene como tal y que marcha hacia el *futuro* conservando siempre su propia cualidad temporal, pues es igualmente «presente» en cualquier fase de su recorrido (Sánchez, 1998: 49).

A pesar de que los movimientos 1 y 2 pueden diferenciarse cualitativamente el uno del otro en su exposición, pensamos que no deben considerarse de un modo totalmente escindido, ya que comparten elementos descriptivos por medio de los cuales ambos se relacionan y complementan. Así, por ejemplo, el *futuro* hacia el que avanza el presente «fijo» en la descripción del movimiento 2, es el mismo *futuro* que se supone viene hacia el presente «fluyente» de acuerdo con el movimiento 1 y, en cierto sentido, aquél movimiento lo tomaría de éste otro con el fin de dar a su presente «fijo» *algo* hacia lo que avanzar.

Para insertar los movimientos 1 y 2 dentro del marco temporal del campo de presencia, y de su representación bidimensional mostrada en la Figura 1, debemos notar que el *hundimiento* de los contenidos bajo la línea de los ahora (§ 1) implica un movimiento *de futuro a pasado*, que corresponderá, de acuerdo con lo aquí expuesto, al punto de vista de la *fuga* y del movimiento 1, con su presente «fluyente» orientado hacia el pasado y situado en el punto de corte de cada línea vertical con la línea de los ahora. Por otra parte, el punto de vista de la *flecha* puede representarse también en la Figura 1, correspondiendo al movimiento sobre la línea horizontal ligada a la serie de los ahora, que refleja las características propias del movimiento 2, con su presente «fijo» avanzando sobre la línea horizontal de los ahora, sin perder en ningún punto de su recorrido la cualidad de ser actual. Tenemos que recordar e insistir en que el movimiento sobre esta línea, atendiendo a su descripción categorial, no es *de pasado a futuro*, sino *de antes a después* (§ 1).

Por lo tanto, la implementación de los movimientos 1 y 2 en el marco del campo de presencia —tal y como éste se muestra en la Figura 1— nos obliga a replantear su descripción inicial, y a caracterizarlos de una manera nueva en términos de un movimiento *de futuro a pasado* y un movimiento *de antes a después*, respectivamente, a los que, asimismo, asociamos los puntos de vista ya señalados de la *fuga* (de futuro a pasado) y de la *flecha* (de antes a después).

Destaquemos, a modo de observación fundamental, que en este marco la proyección intencional del sujeto desde —digamos— el ahora B hacia el contenido C<sub>B</sub> en la vertiente futura del campo de presencia, no sólo tiene componente distensiva (vertical) *hacia el futuro*, sino también extensiva (horizontal) *hacia el después*. Esto sugiere que las categorías distensivas (pasado / futuro) y las categorías extensivas (antes / después) se concitan en cada acto de proyección intencional por parte del sujeto, y despliegan juntas en dicho acto la estructura categorial completa del campo de presencia, de acuerdo con un movimiento combinado dentro del mismo; por un lado se

<sup>3</sup> Las imágenes asociadas a los movimientos 1 y 2 pueden ponerse en correspondencia, respectivamente, con las metáforas denominadas *moving time* y *moving ego* en el contexto de la teoría de la metáfora conceptual. Acerca de esta cuestión véase, por ejemplo, Boroditsky (2000), Gentner (2001) y Evans (2004).

tiene un movimiento *de futuro a pasado* de  $C_B$ , que remite al fenómeno del transcurso del tiempo según el punto de vista de la *fuga* y del movimiento 1; por otro lado, tenemos un movimiento *de antes a después* del «ahora» B, que remite al punto de vista de la *flecha* y del movimiento 2. De manera que la línea vivencial que contiene al ahora B y al contenido representado  $C_B$  no se traza *sólo* en términos del movimiento 1, o *sólo* en términos del movimiento 2 —como afirmarían el planteamiento disyuntivo tradicional de esta cuestión—, sino por medio de la tensión implicada en la combinación de ambos, de acuerdo con la cual se expresa además la estructura categorial y dinámica del campo de presencia en que tales movimientos se inscriben.

Ambos movimientos se dan, por tanto, «a la vez», lo mismo que las dos fuerzas actuantes en un «par», que se articulan sobre un punto fijo de aplicación. Atendiendo a esta analogía, sugerimos que para lograr una comprensión adecuada del fenómeno del transcurso del tiempo será necesario tomar en consideración ambos movimientos, como si se tratase de un «par» de fuerzas, de cuya aplicación conjunta sobre un punto fijo se obtuviese como resultado un determinado *efecto*. Así, de la misma manera que para explicar tal *efecto* resultante se deben tomar en consideración las dos fuerzas actuantes en el «par», para comprender los aspectos dinámicos y categoriales implicados en el fenómeno del transcurso del tiempo dentro del marco de representación del campo de presencia debemos tener en cuenta la combinación aquí descrita de los movimientos 1 y 2. A esta combinación de movimientos se refieren los dos vectores que se muestran en la Figura 1, aplicados, a modo de ejemplo, sobre el punto B. A lo largo de la línea horizontal se tiende el vector que asociamos al movimiento 2, *de antes a después*, en tanto que en la dirección vertical representamos el vector asociado al movimiento 1, *de futuro a pasado*.

La naturaleza de la combinación que proponemos entre los movimientos 1 y 2, puede comprenderse claramente si prestamos atención, a modo de analogía, a las características del movimiento físico resultante de un tiro parabólico. Este movimiento se puede describir como la combinación de dos movimientos: un movimiento uniforme en la dirección horizontal, y un movimiento uniformemente acelerado —por la fuerza de la gravedad— en la dirección vertical. No es posible reducir el movimiento parabólico a uno u otro de tales movimientos componentes sin dejar de lado, por completo, su propia naturaleza. De manera análoga, no se puede pretender reducir, como lo hace el planteamiento tradicional, el transcurso del tiempo a uno u otro de sus «movimientos» componentes —ya se trate del movimiento 1, o del movimiento 2— sin incurrir en una interpretación parcial y sesgada del mismo.

Lo que proponemos, por tanto, es que el fenómeno que es aprehendido por el sujeto como «transcurso» del tiempo se interprete como el resultado de la combinación de los movimientos 1 y 2 a lo largo de las «direcciones» de la *fuga* y de la *flecha*, respectivamente, dentro del marco de representación de su campo de presencia. Debemos tener muy en cuenta que la situación ilustrada en la Figura 1, referida al punto particular B, es común a todos y cada uno de los puntos de la línea horizontal. Así, la misma combinación de los movimientos 1 y 2 se aplicará indefectiblemente sobre todos y cada uno de tales puntos. El carácter ineludible de esta aplicación nos lleva a pensar que la dinámica conjunta en que se combinan ambos movimientos, por consistir en una circunstancia común a la totalidad de dichos puntos, será el resultado de una condición general puesta de antemano por la conciencia «temporalizadora» del sujeto, en lo que se refiere a la vivencia del tiempo y a la aprehensión de su transcurso.

En nuestra opinión, no se puede avanzar en la comprensión del fenómeno del transcurso del tiempo sin tener en cuenta lo aquí expuesto acerca de la combinación de los movimientos 1 y 2. Desviar el equilibrio propio de su combinación hacia una u otra componente —ya sea priorizando el punto de vista de la *fuga*, o bien el de la *flecha*— conduce sólo a una comprensión parcial del fenómeno, que nos remite a la dis-

yuntiva tradicional entre una imagen limitada del tiempo orientado hacia el pasado y otra hacia el futuro. Por lo tanto, la interpretación correcta del fenómeno del transcurso del tiempo exige mantener vivo el equilibrio que caracteriza la consideración conjunta de los movimientos 1 y 2, tratando de evitar, en la medida de lo posible, la parcialidad que resulta de los desplazamientos interpretativos entre uno y otro.

### § 3. La posición de presencialidad del sujeto: el «Ahora».

Al tomar en consideración la descripción de los elementos que configuran la representación bidimensional del campo de presencia, mostrada en la Figura 1, no debemos pasar por alto que los puntos que conforman la línea de los ahora, al ser todos por igual «actuales», no pueden presentarse juntos ante ningún observador. Puesto que sobre la línea de los ahora todo punto es actual, esta «línea» —como tal— no podrá ser objeto de la vivencia del tiempo por parte del sujeto, perdiendo por ello sus puntos su carácter temporal y la posibilidad misma de sucederse (Merleau-Ponty, 2000: 420). Pues para que un ahora pudiese suceder a otro ahora en el marco de la vivencia subjetiva del tiempo sería necesario no sólo que tales ahora se hallasen contenidos en una misma línea, en cuanto soporte adecuado para su sucesión, sino que además esta línea pudiera incluirse dentro del citado marco. Acabamos de señalar que la línea de los ahora —como tal «línea»— no pertenece al marco recién mencionado, de manera que deberemos asumir que la vivencia del tiempo por parte del sujeto no puede interpretarse consecuentemente como una simple sucesión de ahora sobre la misma. De este modo, como elemento de representación que forma parte de la Figura 1 tendremos que considerar la línea de los ahora como un mero «ente de razón» al margen de dicha vivencia, aunque se trate de una abstracción indudablemente útil.

Notemos que, con independencia del ahora actual particular de que se trate, el sujeto se hallará posicionado siempre, de manera indefectible, sobre *un solo punto* de la línea antedicha, flanqueado por las vertientes pasado y futuro de su campo de presencia, hacia las que se distiende en virtud de la proyección intencional constitutiva inherente a la conciencia. Por tanto, de cara al sujeto no corresponde a tal línea hacer las veces de elemento *de sucesión* para la serie de los ahora, sino figurar, más bien, como elemento *de posición* para aquél, que sobre la misma se sitúa entre las dos vertientes de su campo de presencia. Hay que destacar, pues, que en el marco de la vivencia del tiempo por parte del sujeto dicha línea extendida *se reduce* en todo momento a *un solo punto* actual, a partir del cual se esbozan los trazos intencionales que configuran las líneas vivenciales y anclan al sujeto, entre las dos vertientes del mismo, al contexto temporal de su campo de presencia.

Así, posicionado —pongamos por caso— en el punto B, lo que el sujeto tiene «a la mano» no es el punto A sobre la línea de los ahora, sino el contenido o retención  $A_B$ , y el horizonte futuro hacia el que se perfila no le remite al punto C sobre la misma línea horizontal, sino al contenido o protención  $C_B$  (§ 1). De manera que, para cada ahora particular, el campo de presencia del cognoscente, tal y como aparece representado en la Figura 1, *se reduce* a la línea vivencial que parte del ahora en cuestión y se proyecta hacia sus dos vertientes (que corresponden a los semiplanos inferior y superior). Posicionado, por tanto, en el ahora B, el sujeto *ya no tiene* el ahora anterior A, sino que *lo retiene* como pasado inmediato en el contenido  $A_B$ ; por otra parte, tampoco puede decirse que *todavía no tiene* el ahora posterior C, ya que su proyección intencional no se dirige hacia el ahora C, sino hacia el contenido  $C_B$ . Tanto el contenido  $A_B$  como el contenido  $C_B$  forman parte de la línea vivencial que pasa por el ahora B y se

proyecta hacia las dos vertientes del campo de presencia, y a ella se *reduce* este campo cuando la posición del sujeto implica dicho ahora.

De manera que, considerados aisladamente los puntos de la línea de los ahora, el campo de presencia del cognoscente se *reduce* sobre cada uno de ellos a una sola línea vivencial que proyecta su posición hacia las dos vertientes del citado campo. En el ejemplo recién expuesto, la reducción concierne al ahora particular B y a la línea vivencial que lo contiene, si bien se trata de una circunstancia común a la totalidad de los ahora, A, B, C, etc., contenidos en la línea horizontal. La *reducción* del campo de presencia a cada línea vivencial de la Figura 1 implica asimismo *reducir* en cada caso la línea «extendida» de los ahora a un único *punto fijo* que recoja en todo momento la posición del sujeto y posibilite la proyección intencional constitutiva hacia sus dos vertientes. Nosotros denominamos «Ahora» a este *punto fijo*, recién aludido, que interpretamos como la *posición de presencialidad* del sujeto cognoscente.<sup>4</sup>

Notemos que lo propio del Ahora, en cuanto posición de presencialidad, es ubicar al sujeto en cada momento, en tanto que la línea de los ahora pretende dar cabida conjuntamente a todos los ahora, por lo que se muestra, de este modo, como una especie de Ahora «extendido».<sup>5</sup> No podemos obviar, no obstante, que la extensión inherente a esta línea, que intenta recoger la imposible actualidad conjunta de los puntos A, B, C, etc. —como ahora diferentes dándose «a la vez»—, nos ha llevado a considerarla como un mero ente de razón, al margen de la vivencia subjetiva del tiempo. Por ello, vamos a interpretar la línea de los ahora como el resultado de abstraer de la estructura categorial del campo de presencia sus caracteres distensivos. De manera que la consideración —tan frecuente como equivocada— del tiempo como *una línea de ahora* es consecuencia, en nuestra opinión, de la abstracción mencionada, que concibe la posición de presencialidad del sujeto como un Ahora «extendido», aunque no «distendido».

En lo tocante a los aspectos dinámicos del campo de presencia, ligados al fenómeno del transcurso del tiempo, ya hemos señalado (§ 2) que la comprensión adecuada del mismo exige tener en cuenta la combinación de los movimientos 1 y 2, como si se tratase de las dos fuerzas actuantes en un «par», de cuya aplicación sobre un punto fijo se obtuviese un efecto resultante. Tomando en consideración lo expuesto acerca del Ahora, en cuanto posición de presencialidad del sujeto y *punto fijo* de la conciencia del tiempo, sugerimos que el fenómeno que es aprehendido por el cognoscente como *transcurso* del tiempo se interprete como el *efecto* resultante de la combinación de los movimientos 1 y 2 sobre el Ahora, dentro del contexto del campo de presencia. Retomamos así la conclusión ya expresada, de acuerdo con la cual no es posible avanzar en la comprensión de este fenómeno sin tener en cuenta la combinación de los movimientos 1 y 2 en torno al *punto fijo* de la conciencia del tiempo, que es el Ahora.

Al hilo de esta conclusión, y teniendo a la vista la Figura 1, debemos asumir que dentro del campo de presencia cada punto de la línea de los ahora, considerado

---

<sup>4</sup> Utilizamos la denominación en mayúscula «Ahora» para referirnos a la «posición de presencialidad» del sujeto cognoscente. La diferencia importante entre este Ahora y la noción de «ahora» más habitual, tal y como aparece, por ejemplo, en la línea de los ahora, se tratará más adelante; no las confundamos.

<sup>5</sup> Para entender claramente la noción de «Ahora» proponemos tomar un bolígrafo o un lapicero en la mano. Contemplémoslo de tal manera que lo veamos a lo largo, desde la punta del mismo al extremo opuesto. Visto así, en su «extensión», el lapicero representa la línea de los ahora. Giremos, entonces, el lapicero y situémoslo con su punta dirigida hacia nuestros ojos. Ya no lo vemos como un objeto lineal extendido, sino que ha quedado reducido a un sólo punto ante nuestros ojos. No obstante se trata de *un punto* que contiene, digámoslo así, todos los puntos que conforman la extensión del lapicero. En un sentido análogo, el Ahora «contiene» todos los puntos de la línea de los ahora.



en sí mismo —en su individualidad, y no como mero eslabón de la línea horizontal—, «es» el Ahora, es decir, el *punto fijo* sobre el que se aplican a la manera de un «par» de fuerzas los movimientos 1 y 2. Debemos llegar a comprender, por tanto, que al hablar de «Ahora» nunca nos estaremos refiriendo a un «ahora» particular como *punto formando parte de dicha línea*; antes al contrario, ya hemos señalado que la noción de Ahora que manejamos aquí, en calidad de posición de presencialidad del sujeto, implica la reducción de la línea extendida de los ahora al *punto fijo* que recoge la combinación de los movimientos 1 y 2.

#### § 4. La estructura categorial y dinámica del Ahora.

En este momento de la exposición vamos a tomar en consideración la siguiente pregunta: Dentro del marco de la representación bidimensional del campo de presencia, mostrada en la Figura 1, y atendiendo a la naturaleza de los puntos que conforman su línea horizontal, ¿qué clase de «presente» corresponde (pongamos por caso) al punto B, en el que se combinan (§ 2) los movimientos 1 y 2; la clase de presente «fluyente» asociada al movimiento 1 de *fuga*, o la clase de presente «fijo» vinculada al movimiento 2 de *flecha*?

La respuesta a esta cuestión debe tener en cuenta, en nuestra opinión, ambas clases de «presente» de un modo conjunto, y describir el punto B como presente «fluyente» por su participación en el movimiento 1 y, *a la vez*, como presente «fijo» por su participación en el movimiento 2. De manera que la respuesta que ofrecemos a la pregunta aquí planteada se relaciona con la respuesta que ya hemos ofrecido —en términos de una combinación de los movimientos 1 y 2— a la pregunta acerca de la «dirección» propia del transcurso del tiempo (§ 2). Si nos remitimos, de nuevo, al ejemplo del movimiento parabólico, debemos señalar que, de un modo análogo, en cualquier punto de su trayectoria se aplica sobre el móvil la combinación de un vector según la dirección del movimiento horizontal, y otro vector según la dirección del movimiento vertical. Lo mismo sucede para cualquier punto de la línea de los ahora —y, en particular, para el punto B—, sobre el que se aplica la combinación de un «vector» que define el movimiento 2 en dirección *hacia el después*, y otro «vector» que define el movimiento 1 en dirección *hacia el pasado*, que corresponden a los puntos de vista de la *flecha* y de la *fuga*, respectivamente.

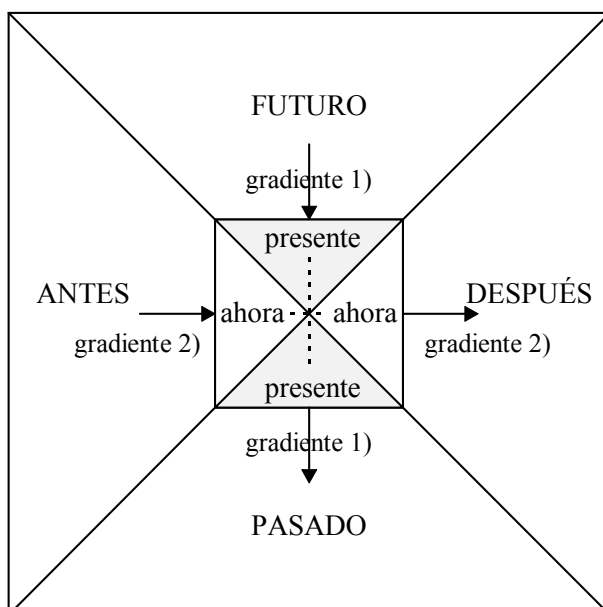
Con el propósito de lograr la mayor claridad posible en los términos, en adelante vamos a referirnos al presente «fluyente» como «momento presente» o, simplemente, «presente», y denominaremos «ahora» al mencionado presente «fijo». De esta manera, consideraremos, teniendo en cuenta esta aclaración, que en el marco de la representación bidimensional del campo de presencia el movimiento 1 se produce *de futuro a pasado*, a través del «presente», en tanto que el movimiento 2 se desarrolla *de antes a después*, a través del «ahora». En virtud de tales movimientos podemos decir, entonces, que en la misma medida en que el ahora se orienta *hacia el después*, fluye el presente *hacia el pasado*. Atendiendo a estas definiciones, notemos que el *ahora* limita con las categorías extensivas *antes* y *después*, pudiendo considerarse como el puente que conecta el antes con el después por medio del movimiento 2. Un argumento análogo debe emplearse para el *presente*, al que interpretamos como el puente que, en términos del movimiento 1, vincula las categorías distensivas de *futuro* y *pasado*.

La respuesta recién esbozada acerca de la consideración conjunta del presente «fijo» y del presente «fluyente» nos enfrenta a la dificultad aparente de que —según la misma— tanto el ahora como el presente deberán darse cita y coincidir en cada punto

de la línea horizontal de la Figura 1, confundiéndose en apariencia. La dificultad se disipa si tenemos en cuenta, como ya hemos señalado, que cada uno de ellos se relaciona con una de las dinámicas distintas asociadas a los movimientos 1 y 2. Debemos asumir, por ello, que cada punto de dicha línea sea, *a la vez*, «presente» y «ahora» («fluyente» y «fijo»), porque cada punto, considerado *en sí mismo* —en su individualidad, y no como mero eslabón de la línea horizontal citada—, «es» el Ahora (§ 3), esto es, el *punto estable* sobre el que se articulan a la manera de un «par» de fuerzas —como queda dicho— los movimientos 1 y 2.

Según hemos mencionado, interpretamos que el *futuro* fluye hacia el *pasado*, de acuerdo con el movimiento 1, a través de la posición que denotamos como *presente*. Por su parte, el *antes* se orienta hacia el *después*, en términos del movimiento 2, a través de la posición que etiquetamos como *ahora*. Ambas posiciones, tanto el ahora como el presente, son acogidas en el Ahora, que es la posición de presencialidad del sujeto, sobre la que se articula, precisamente, la combinación de tales movimientos 1 y 2. Por conveniencia para la exposición vamos a suponer que, al referirlos al Ahora, estos dos movimientos constituyesen el reflejo de sendos «gradientes», a los que denominaremos, por ello, gradiente 1 y gradiente 2. Así, diremos que el futuro fluye hacia el pasado, a través del presente, por la acción de un gradiente *de futuro a pasado* —a la manera de un campo de fuerza, análogo al campo de la gravedad terrestre—, al que denominamos gradiente 1, responsable de dar cuenta del movimiento 1. De la misma manera, vamos a asumir que el antes se orienta hacia el después, a través del ahora, debido, igualmente, a la acción de un gradiente *de antes a después*, denominado gradiente 2, responsable del movimiento 2. Nos valemos aquí del concepto de «gradiente», en sustitución de los movimientos 1 y 2, con el fin de dar entrada a una noción más primitiva y originaria que la de «movimiento». Tengamos en cuenta que, por lo general, la noción de movimiento se asocia, asimismo, a la de «trayectoria» de acuerdo con la cual tal movimiento se describe, y el carácter lineal de ésta puede hacernos caer en la ya mencionada y restrictiva concepción lineal del tiempo, bajo la que el limitado punto de vista tradicional plantea el análisis de su transcurso. Consideramos, pues, más conveniente utilizar la noción de gradiente ya que, además de no vincularse de un modo directo a la noción de trayectoria, puede interpretarse también en un sentido originario respecto de tales movimientos.

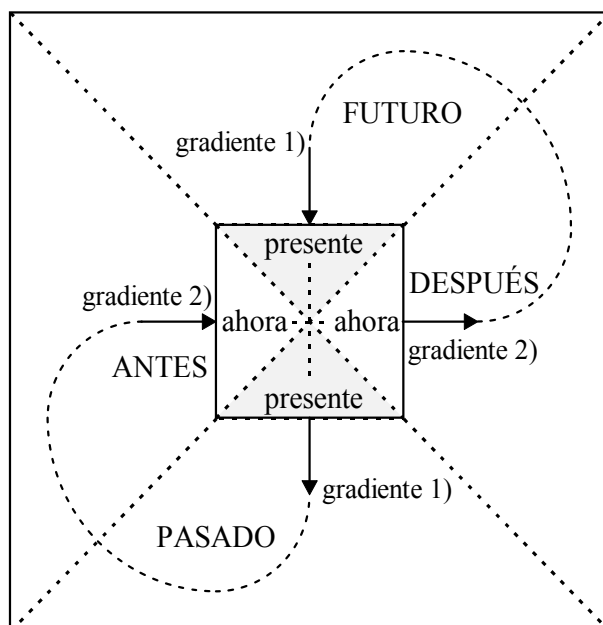
En la Figura 2 vamos a reunir el contenido de estas consideraciones. El cuadrado interior que aparece en ella debe interpretarse como si fuese un punto *en sí mismo* de la línea horizontal de la Figura 1, o bien, si lo preferimos, como el Ahora, en cuanto posición sobre la que se aplican los gradientes 1 y 2. Por las razones que más adelante se expondrán denominaremos a la Figura 2 *situación de fractura* relativa a la vivencia del tiempo por parte del sujeto.



**Figura 2:** La situación de fractura, relativa a la vivencia del tiempo por parte del sujeto.

Según hemos expuesto, los gradientes 1 y 2 se articulan en torno al *punto fijo* de la vivencia del tiempo, que es el «Ahora», en cuanto posición de presencialidad del sujeto cognoscente, obteniéndose de esta aplicación conjunta la especie de *efecto* resultante que tal sujeto aprehende como *transcurso* del tiempo respecto de su propia posición (§ 3). De nuestras consideraciones previas se desprende, pues, que el fenómeno que es aprehendido por el sujeto como *transcurso* del tiempo debe interpretarse como el *efecto* resultante de la aplicación conjunta de los gradientes 1 y 2 sobre el Ahora.

Es importante notar, al respecto, que en el Ahora, en cuanto posición de presencialidad del cognoscente, se dan cita tanto el presente como el ahora, debido a que tal posición es el *punto fijo* sobre el que se articula la combinación de los gradientes 1 y 2, ya mencionados, en cuyos términos se experimenta el transcurso del tiempo. Cabe destacar que, en virtud de tal combinación, el Ahora aporta al sujeto cognoscente la perspectiva general que le permite vincular entre sí las categorías distensivas y extensivas, debido a la consideración conjunta del presente y del ahora propiciada por dicha posición. La vinculación entre las categorías distensivas (pasado / futuro) y extensivas (antes / después) en el Ahora —en cuanto posición de presencialidad del sujeto cognoscente— expresa lo que denominamos la «permeabilidad» de dicha posición, por la cual se relacionan también en ella el presente y el ahora, así como los gradientes 1 y 2, en cuyas dinámicas participan de manera respectiva. Esta permeabilidad entre el ahora y el presente, reunidos en el Ahora, es la responsable, pues, de los lazos entre categorías que se muestran en la Figura 3 que, en relación con la Figura 2, vamos a denominar *situación nivelada* relativa a la vivencia del tiempo; uno de tales lazos se establece entre las categorías *antes* y *pasado* —del presente hacia el ahora—, y el otro —del ahora hacia el presente— entre las categorías *futuro* y *después*.



**Figura 3:** La situación nivelada, relativa a la vivencia del tiempo por parte del sujeto.

En tales condiciones, notemos que es el propio cognoscente quien, desde su posición en el Ahora, promueve la vinculación y el entrelazamiento de los dos conjuntos de categorías antedichos, llegando a asumir que el *antes* tiene que ver con el *pasado*, así como el *futuro* con el *después*; la posibilidad de esta prolongación de unas categorías en otras, por medio del Ahora, requiere —según hemos dicho— la consideración del ahora y del presente desde la perspectiva especial que ofrece su ubicación conjunta en el Ahora. Así pues, atendiendo a la vinculación mencionada entre categorías, tiene sentido decir que el *futuro* «conduce hacia» el *después* y que el *antes* «conduce hacia» el *pasado*, entendiendo tales categorías como los horizontes relativos al ahora y al presente, respectivamente, en su ubicación conjunta en el Ahora.

Tomando en consideración la cualidad de permeabilidad del Ahora se puede llegar a explicar su *presencialidad* característica, en términos de la oposición dinámica que dentro del mismo se establece entre la *fluencia* —de futuro a pasado— del presente y la *orientación* —de antes a después— del ahora, como categorías centrales de los gradientes 1 y 2. En un sentido gráfico, podríamos imaginar que, al combinarse por medio de la referida permeabilidad, la fluencia del presente —el gradiente 1— y la orientación del ahora —el gradiente 2— se contrarrestarían (como dos fuerzas contrarias que se estabilizasen), dando como resultado la cualidad de presencialidad propia del Ahora, en cuanto posición estable en la que ambos se combinan. En relación con estas observaciones, proponemos que la *permeabilidad* entre el presente y el ahora se considere un aspecto fundamental de la estructura categorial y dinámica del Ahora, y así también de la que hemos denominado situación nivelada relativa a la vivencia del tiempo por parte del sujeto.

La relación entre la estructura categorial y dinámica del Ahora y la del campo de presencia puede explorarse teniendo en cuenta que el entrelazamiento de categorías propio de aquella se expresa en la inclinación característica de las líneas vivenciales del citado campo. Así, por ejemplo, si en la Figura 1 imaginamos que «dejásemos caer» una de tales líneas según el movimiento del gradiente 1, *de futuro a pasado*, se produciría, como consecuencia de su propia inclinación, un movimiento de la misma línea según el gradiente 2, *de antes a después*. Inversamente, si «hiciésemos avanzar» la línea vivencial en la dirección de este último gradiente obtendríamos como

reflejo un movimiento según la dirección de aquél primero. Esta vinculación entre los gradientes 1 y 2 en el marco de la representación bidimensional del campo de presencia (Figura 1) es, precisamente, la que se expresa mediante su entrelazamiento en la estructura categorial y dinámica del Ahora (Figura 3): el gradiente 1 implica el gradiente 2, lo mismo que el gradiente 2 implica el gradiente 1.

Debemos tener en cuenta que el Ahora, en cuanto posición de presencialidad del sujeto, se configura como un «nudo» en el que se entrelazan diversos elementos cognoscitivos. Son estos las categorías temporales distensivas (pasado / presente / futuro) y extensivas (antes / ahora / después) del campo de presencia del sujeto, y también los que denominamos gradientes 1 y 2, representativos de la fluencia del presente y de la orientación del ahora. Así, el Ahora se configura por medio de la permeabilidad que posibilita la combinación del presente y del ahora, y su cualidad de presencialidad se puede explicar por la misma combinación entre las cualidades de fluencia de aquél y orientación de éste. Al margen de la misma no se da el mencionado entrelazamiento de categorías, y lo que se tiene, por contra, es lo que hemos denominado una *situación de fractura* entre el presente y el ahora, y entre las categorías distensivas y extensivas a las que ambos pertenecen. Esta situación de fractura corresponde, poco más o menos, al viejo punto de vista tradicional que, en lo tocante al estudio de la naturaleza del tiempo y de su transcurso, considera desvinculados los dos conjuntos de categorías temporales, así como también la fluencia del presente (el gradiente 1) y la orientación del ahora (el gradiente 2).

La situación de fractura que aquí mencionamos, relativa a la vivencia del tiempo por parte del sujeto, se puede ilustrar si consideramos la reunión de los elementos cognoscitivos antes mencionados como si se tratase de la vista en perspectiva cenital de una pirámide de base cuadrada, cuyas cuatro vertientes constituyesen las categorías extensivas (antes / después) y distensivas (pasado / futuro), tal y como se muestra en la Figura 2. Estas cuatro vertientes convergen en el vértice de la pirámide por el que discurren, a su vez, los denominados gradientes 1 y 2. En torno a este vértice se disponen, asimismo, el presente y el ahora, aunque en esta situación de fractura no media entre ellos la permeabilidad ya referida que favorecería su entrelazamiento, lo que indicamos gráficamente mediante las diagonales continuas de la Figura 2, que representan las cuatro aristas de separación que «fracturan» entre sí las cuatro vertientes (categoriales) de la pirámide.

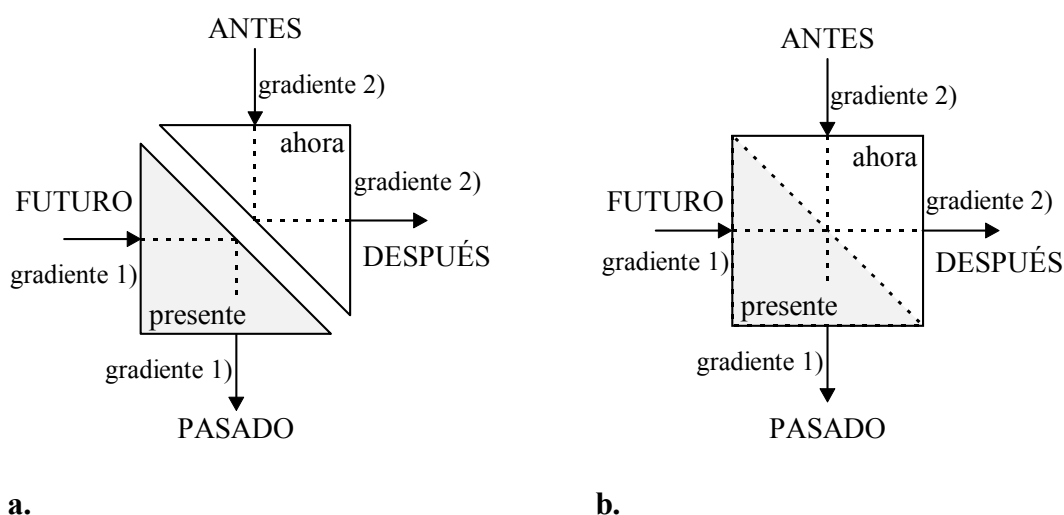
Por otro lado, para ilustrar la situación nivelada, relativa a la vivencia del tiempo, sugerimos imaginar la proyección de todos los elementos de la pirámide anterior sobre su base. Notemos que al realizar esta proyección, los diferentes elementos (en línea continua, en la Figura 2) que provocaban la situación de fractura —tales como el vértice y las aristas de la pirámide— quedarán contenidos en el plano de la base, situados todos ellos (en línea discontinua, en la Figura 3) *a un mismo nivel*. De ahí que denominemos *situación nivelada* a la que se obtiene mediante la proyección mencionada a partir de la *situación de fractura*. La eliminación de los elementos de fractura que conduce a la situación nivelada da paso a la permeabilidad en que se combinan el presente y el ahora —o, lo que es lo mismo, la fluencia de aquél y la orientación de éste— y favorece el establecimiento de los lazos entre categorías temporales, tal y como se muestra en la Figura 3. Por ello, dijimos anteriormente que el Ahora se configura como un «nudo» en el que se entrelazan diversos elementos cognoscitivos. Puesto que de la combinación de la *fluencia* y la *orientación* resulta también la *presencialidad* del Ahora, podremos decir que, mediante la proyección que induce el paso de la situación de fractura (Figura 2) a la situación nivelada (Figura 3), se constituye realmente el Ahora, en cuanto posición de presencialidad del sujeto cognoscente.

A la hora de afrontar el análisis de la estructura categorial y dinámica del Ahora es necesario notar que en el mismo se dan cita tanto el presente como el ahora, debido a que, como posición de presencialidad, debe considerarse como el *punto fijo* so-

bre el que se articula la combinación de los gradientes 1 y 2, en términos de la cual se experimenta el transcurso del tiempo. Con el fin de ofrecer un planteamiento lo más claro posible tomemos en consideración la Figura 4 siguiente, relativa a los respectivos horizontes categoriales del ahora y del presente dentro del marco de su combinación en el Ahora.

Vamos a considerar que la Figura 4a representa los aspectos relativos al punto de vista tradicional acerca de la naturaleza del tiempo y de su transcurso. Notamos, en primer lugar, la consideración aislada y escindida de los gradientes 1 y 2, por parte de este enfoque, que conduce a la desvinculación y a la fractura (Figura 2) entre el ahora y el presente, lo que afecta igualmente a sus horizontes categoriales respectivos; es decir, las categorías extensivas (antes / después) y las categorías distensivas (pasado / futuro) se consideran de manera aislada, al margen de cualquier vinculación posible entre las mismas.

La Figura 4b es una variación de la Figura 3, en la que, por el contrario, pretendemos acentuar la ubicación conjunta del ahora y del presente en el Ahora, sobre el que se articula la misma combinación de los gradientes 1 y 2. Es importante volver a señalar que, como se desprende de la Figura 4a, el horizonte categorial propio del ahora, sometido a la dinámica del gradiente 2, lo constituyen las categorías (antes / después), en tanto que el horizonte categorial que limita al presente, sometido al gradiente 1, implica las categorías (pasado / futuro).



**Figura 4:** a. La escisión del horizonte categorial en torno al Ahora.  
b. El horizonte categorial en torno al Ahora.

Hemos señalado ya que, en nuestra opinión, el fenómeno del transcurso del tiempo no tiene que ver (Figura 4a) *solamente* con la fluencia del presente ligada al gradiente 1, ni *solamente* con la orientación del ahora propia del gradiente 2, sino (Figura 4b) con la combinación de ambos, lo que revela que tales fluencia y orientación corresponden a aspectos complementarios del fenómeno mencionado. Puesto que la misma combinación de fluencia y orientación origina también la cualidad de presencialidad propia del Ahora, vamos a considerar el fenómeno del transcurso del tiempo y la presencialidad del Ahora como si se tratase de las dos caras de una misma moneda, que puede contemplarse, ya sea del lado del *objeto* —del fenómeno en cuestión—, o bien del lado del *sujeto* —de su posición en el Ahora—. Así, a partir de la relación que media entre ambos por su origen común, proponemos interpretar la cualidad de pre-

sencialidad del Ahora como la *condición de posibilidad* del fenómeno del transcurso del tiempo.

## § 5. La noción de «temporalidad» del sujeto.

Dentro del marco de la representación bidimensional del campo de presencia los caracteres básicos que definen la vivencia del tiempo por parte del sujeto cognoscente son, en nuestra opinión, de dos tipos: *cuantitativos* y *cualitativos*. En lo tocante a los primeros, vamos a considerar de un modo general que la determinación cuantitativa del tiempo se relaciona con la facultad humana para vincular entre sí secuencias distintas de transformaciones continuas, de las que una de ellas se toma como «medida» temporal para las otras. Así, llegar a extraer una noción cuantitativa de «tiempo» a partir de la relación entre diversos procesos exige añadir a su relación la idea fundamental de que uno de ellos pueda interpretarse como referencia y medida para los demás, lo que supone un ejercicio de síntesis intelectual que dista mucho de ser sencillo e inmediato. Como proceso de referencia de esta clase, esto es, como «*continuum* normalizado de cambio», pueden utilizarse procesos naturales recurrentes, si bien puede ocurrir que tales procesos resulten imprecisos para los fines marcados, en cuyo caso pueden llegar a establecerse procesos más exactos como referencia para otros acontecimientos. Este es el caso de los *relojes* y *calendarios*. Debemos insistir en que la síntesis intelectual mencionada, que conduce al establecimiento de un *continuum* normalizado y socialmente reconocido para la determinación cuantitativa del tiempo —como pueda serlo, por ejemplo, la sucesión de los años del calendario—, supone un esfuerzo evolutivo extraordinario para el grupo social a que se refiera esta tarea (Elias, 1997: 56-58).

Tengamos en cuenta que la ubicación de los acontecimientos dentro del contexto de una parametrización temporal conduce al establecimiento de una *cronología*. Si bien es cierto que en el ámbito de la experiencia personal el papel de *continuum* normalizado para la determinación del tiempo puede ser desempeñado por la serie de cambios que configura la propia vida del individuo, debemos tener presente, no obstante, la utilización implícita, en todo caso, de un *continuum* de carácter social que subyace al uso del *continuum* particular que la vida de cada uno es (Elias, 1997: 58).

Si nos remitimos a la representación bidimensional del campo de presencia del cognoscente, mostrada en la Figura 1, debemos señalar que, al margen de la referencia a una *parametrización* de origen social, la línea de los ahora —ligada a sus categorías extensivas— no puede considerarse como un *continuum* normalizado apto para la determinación cuantitativa del tiempo, la asignación de fechas y el consiguiente establecimiento de una cronología, ya que dicha línea, como tal, no posee los caracteres «métricos» —o, como diríamos mejor, «cronométricos»— requeridos para tal determinación, que deben ser aportados al implementar sobre ella la referida parametrización temporal. Por el contrario, referida a un *continuum* paramétrico bien establecido que implemente en ella un sistema apropiado de fechas, la línea de los ahora puede ser considerada como representativa de los caracteres cuantitativos inherentes al campo de presencia y a la conciencia del tiempo en su marco de representación.

Además de estos caracteres, que hemos denominado *cuantitativos*, el campo de presencia alberga también caracteres *cualitativos*, ligados a sus categorías distensivas. De este modo, la vivencia del tiempo por parte del sujeto dentro del marco del citado campo incluye ambas características, tanto la *medida* como la *cualidad*, pues esta vivencia refleja un tiempo cualificado en virtud de su distensión —que consta de pasado, presente y futuro— y en el que, además, por medio de la parametrización de

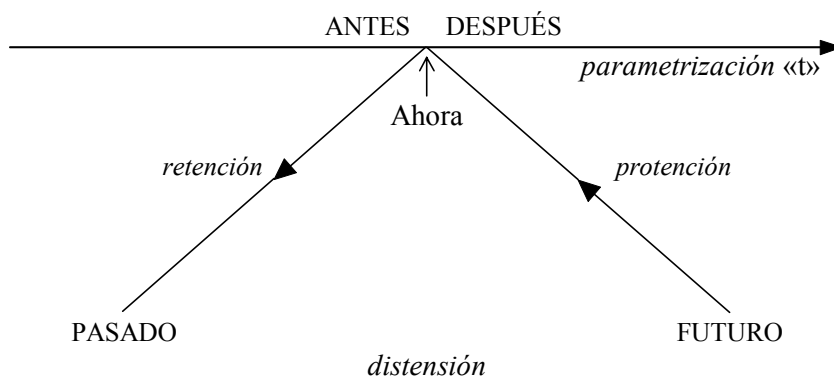
la línea de los ahora, resulta posible percibir la duración y elaborar su medida. Por lo tanto, para lograr una comprensión adecuada de los aspectos temporales inherentes a la subjetividad, deberemos considerar su vivencia dentro del marco de un campo de presencia «metrizado», en el que los caracteres cuantitativos y cualitativos se complementen, aportando así la totalidad de los elementos que conforman dicha vivencia.

A la hora de tener en cuenta cómo se combinan los caracteres cuantitativos y cualitativos que definen la vivencia del tiempo por parte del cognoscente debemos asumir, en primer lugar, que la proyección intencional del sujeto dentro del marco temporal de su campo de presencia no se produce sobre una línea recta ya calibrada, que aquél asumiera como la imagen del tiempo, extendida de un modo continuo a lo largo de dicho campo. Una línea tal sólo será el reflejo de una simplificación extrema del campo de presencia que, contando con la parametrización de la línea de los ahora, es abstraído por el sujeto bajo la forma de dicha línea calibrada. La distensión de este campo muestra, al contrario, una plasticidad ajena al encasillamiento aritmético y lineal de la parametrización, pues la retención y la protención —determinaciones particulares del sujeto— esbozan, merced a unos trazos intencionales, el pasado y el futuro como vertientes distensivas del campo de presencia, pero no encasillan tales categorías en la rigidez de una métrica lineal. El elemento métrico es aportado —como queda dicho— por la parametrización y sólo cuando el sujeto se remite, desde la perspectiva de la distensión, a los acontecimientos que en ella se fechan, es cuando el pasado y el futuro —implementados por él en tales acontecimientos— quedan revestidos de la citada rigidez métrica. Tengamos en cuenta, al respecto, que aunque la sucesión cronológica de los acontecimientos se represente dentro del contexto lineal extendido de la parametrización, siempre es considerada por el sujeto junto con la perspectiva de la distensión temporal inherente a su campo de presencia.

Atendiendo a estas consideraciones y a los caracteres que definen la conciencia del tiempo en el marco del citado campo, vamos a referirnos a la parametrización de la línea de los ahora como si fuese la imagen representativa de una especie de tiempo mensurable aunque «sin cualidad», ajeno a las categorías distensivas de pasado y futuro. Contrariamente, vamos a referirnos a la distensión en términos de tales categorías como si se tratase de la imagen de una especie de tiempo dotado de cualidad aunque «sin medida», elaborada únicamente a partir de las proyecciones intencionales —retención y protención— del sujeto en su campo de presencia. Queremos decir con ello que la distensión no ofrece al cognoscente los elementos métricos necesarios para medir *cuantitativamente*, por ejemplo, la duración o la espera y, en general, la distancia entre cualesquiera puntos de la línea de los ahora. Parece claro, por tanto, que estos elementos «cronométricos» se ofrecerán asociados a la mencionada parametrización, pues ésta no es otra cosa, al fin y al cabo, que medida temporal. La propuesta a tener en cuenta, al respecto, es que la vivencia del tiempo por parte del sujeto en el marco de su campo de presencia debe ser considerada como una *síntesis* dialógica entre la *distensión* (cualitativa) asociada a sus vertientes pasado y futuro, y la *parametrización* (cuantitativa) de la línea de los ahora.

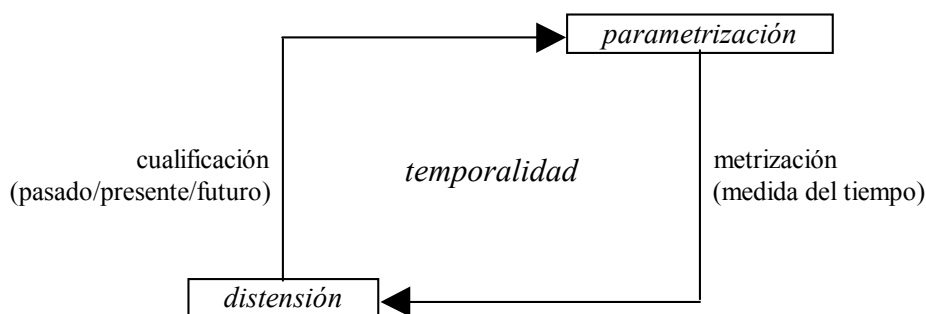
Teniendo en cuenta esta naturaleza sintética de la vivencia subjetiva del tiempo vamos a considerar bajo la denominación de «temporalidad» del sujeto cognoscente la síntesis dialógica mencionada en la que se integran tanto el elemento proyectivo y cualitativo ligado a la *distensión* en términos de las categorías distensivas del campo de presencia, como el elemento métrico y cuantitativo asociado a la *parametrización* temporal de sus categorías extensivas. Representamos esta noción sintética de *temporalidad* del sujeto cognoscente en la Figura 5.





**Figura 5:** La temporalidad del sujeto cognoscente como síntesis de distensión y parametrización.

Debemos tener en cuenta que la síntesis dialógica que origina la *temporalidad* del cognoscente —en cuanto combinación de tales aspectos cualitativos y cuantitativos— se constituye por medio de dos procesos complementarios; en el primero de ellos, que denominamos «metrización», la parametrización aporta a la distensión la escala cronométrica necesaria para cuantificar el alcance de la proyección intencional del sujeto hacia las vertientes distensivas de su propio campo de presencia. Por el segundo proceso, que denominamos «cualificación», la distensión implementa en la parametrización las categorías de pasado y futuro, y el matiz cualitativo ligado a las mismas, pues hemos de tener en cuenta que —como representación de un tiempo «sin cualidad»— la parametrización no incluye tales categorías en su propio marco de representación, ni en los acontecimientos que en él se inscriben. La Figura 6 ilustra la relación entre los procesos de «metrización» y «cualificación» en la síntesis dialógica de la *temporalidad*.



**Figura 6:** La temporalidad del sujeto cognoscente en términos de los procesos de cualificación y metrización.

Los aspectos de carácter cualitativo y cuantitativo asociados a la vivencia del tiempo —que se inscriben en la noción de temporalidad del sujeto cognoscente— se recogen igualmente dentro del marco de representación de su campo de presencia por medio de sus categorías distensivas y extensivas, respectivamente. Las categorías distensivas, ajenas a la idea de cantidad o medida temporal, constituyen las dos vertientes del citado campo. Por su parte, las categorías extensivas son las responsables de «extender» el campo de presencia a lo largo de la línea horizontal —la línea de los ahora— que se muestra en su representación bidimensional (Figura 1). En términos generales, ya hemos interpretado que las categorías distensivas son las responsables de la dimensión vertical (distensión) del campo de presencia, en tanto que las categorías extensivas lo son de su dimensión horizontal (extensión). Atendiendo ahora a los

procesos mencionados de cualificación y metrización, debemos notar que, como elementos categoriales del marco temporal del campo de presencia, las categorías distensivas serán las encargadas de *cualificar* las categorías extensivas, en tanto que éstas se encargarán de *metrizar* las categorías distensivas; todo ello como consecuencia de la combinación de ambos conjuntos de categorías en la estructura categorial de dicho campo.

Para ahondar en la cuestión que aquí planteamos, acerca del modo en que la noción de *temporalidad* y el campo de presencia del cognoscente dan cuenta de los mismos aspectos de su vivencia del tiempo, notemos que la Figura 5, que representa la noción de *temporalidad*, puede obtenerse como una variación de la Figura 1, que ilustra la representación bidimensional del campo de presencia. Recordemos (§ 3) que sobre cada punto de la línea de los ahora el campo de presencia se *reduce* a la línea vivencial particular que pasa por dicho punto, al cual se reduce asimismo la propia línea extendida de los ahora. Si tomamos dicha reducción sobre un punto-ahora genérico de esta línea, y modificamos la línea vivencial resultante de esa *reducción* de manera que su trazo «futuro» se represente, no por encima, sino por debajo de la línea de los ahora, lo mismo que su trazo «pasado», dicho punto-ahora adquirirá la forma de un *vértice* similar al Ahora que se muestra en la Figura 5. Esto es del todo coherente con nuestra interpretación (§ 3) según la cual en el marco del campo de presencia cada punto de la línea de los ahora, considerado en sí mismo, y no como mero eslabón de dicha línea, «es» el Ahora, es decir, el *punto fijo* —el *vértice*, podríamos decir— de la vivencia subjetiva del tiempo, sobre el que se aplican, a la manera de un «par» de fuerzas, los gradientes 1 y 2. Fijémonos en que estos gradientes se ven recogidos también en la Figura 5 en términos de los diversos vectores dibujados que, a través del Ahora, describen, por un lado, un movimiento *de futuro a pasado* —el gradiente 1— y, por otro, un movimiento *de antes a después* —el gradiente 2— sobre la *parametrización* de la línea de los ahora.

## § 6. La estructura temporal de la acción.

A la hora de explicar su idea de *motivación*, Schopenhauer propone tener en cuenta que sólo por la intervención del denominado *sentido interno* el sujeto se conoce a sí mismo, es decir, este sentido sería el responsable de la denominada *autoconciencia*, que puede entenderse como la conciencia de uno mismo, en oposición a la conciencia de las demás cosas, que son objeto para la facultad cognoscitiva. A través del sentido interno, el sujeto conoce su propio cuerpo como sede y órgano de la voluntad, que actúa «hacia afuera» y cuyos actos se suceden *en el tiempo* siempre de un modo simultáneo a las acciones y movimientos de aquél, de lo que llega a deducir la identidad entre ambos, reconociendo así la voluntad no en su totalidad, ni como unidad en su esencia, sino solamente en sus actos particulares, esto es, en su sucesión en el tiempo. Tales actos de la voluntad, que son el objeto para la conciencia de *uno mismo*, se producen siempre con ocasión de algo que —enmarcado en la conciencia de *las demás cosas*— constituye, a su vez, un objeto para la facultad cognoscitiva. Este objeto que se presenta en el campo de presencia del cognoscente es, precisamente, el *motivo*, y supone, por así decirlo, la materia del acto de voluntad, ya que, en términos intencionales, éste siempre se *endereza hacia* aquél, y sólo en relación con tal objeto (motivo) puede la *acción* ser concebida (Schopenhauer, 2000b: 53).

Nos interesa especialmente destacar la manera en que la facultad cognoscitiva ligada a las representaciones abstractas, diferencia entre la motivación que caracteriza, por un lado, la conciencia humana y, por otro, la animal, en relación con la vi-

vencia del tiempo. De esta facultad —afirma Schopenhauer— están desprovistos los animales, y aun los más inteligentes no poseen más que representaciones intuitivas y no conocen, por consiguiente, más que lo momentáneamente actual; no viven más que en el ahora. Los motivos que mueven su voluntad tienen que presentarse siempre intuitiva y actualmente (Schopenhauer, 2000b: 80).<sup>6</sup> En el hombre la situación es muy distinta, pues en virtud de su capacidad para las representaciones abstractas, por medio de las cuales piensa y reflexiona, posee un campo visual —un campo de presencia— infinitamente mayor, que comprende lo ausente, lo pasado y lo futuro; de este modo ofrece una esfera mucho mayor para la acción de los motivos y, consiguientemente, de elección, que el animal, reducido a su limitado ahora (Schopenhauer, 2000b: 81).

Es importante notar que, por la añadidura de las representaciones abstractas, la motivación en el caso humano se convierte en algo muy diferente de la animal, ya que la motivación propiamente humana, por nutrirse no sólo de representaciones intuitivas, sino también de conceptos y de pensamientos —que hacen posible la decisión electiva como conflicto consciente entre motivos diversos—, hace posible la acción intencionada, reflexiva, planeada y anticipada, en lugar de las meras reacciones animales debidas a motivos siempre actuales presentes a la intuición (Schopenhauer, 1989: 148). «Esto de que el hombre es actuado por una clase de representación (conceptos, ideas abstractas) que el animal no posee, es algo externamente visible, ya que imprime a toda su acción, aun a la más insignificante, a todos sus pasos y movimientos, el carácter de *premeditados e intencionados*... El motivo *abstracto*, que se compone nada más que de *ideas*, es una causa exterior que determina la voluntad lo mismo que la determina el motivo sensible, que consiste en un objeto real, presente... Lo que le diferencia es la longitud del hilo, con lo que quiero dar a entender que no se halla vinculado, como ocurre al motivo puramente sensible, a una determinada proximidad en el tiempo y en el espacio, sino que puede actuar a la mayor distancia y al mayor tiempo y a través de una concatenación de conceptos e ideas; lo cual es consecuencia de la constitución y extremada sensibilidad de aquel órgano que experimenta y recoge en primer lugar su acción, a saber, el cerebro humano o la *razón*.» (Schopenhauer, 2000b: 81-83)

La influencia de los motivos abstractos es tan decisiva que coloca al hombre, con respecto al resto de animales, en la misma relación en que —en un sentido análogo— se hallan los animales dotados de vista con relación a los que no la poseen y que sólo pueden conocer, a través del sentido del tacto, lo inmediatamente presente en el espacio. Los otros, al contrario, pueden, mediante la vista, apreciar tanto lo que está cerca como lo que se halla lejos de ellos. De manera similar, la ausencia de la *razón* entre los elementos de su facultad representativa limita a los animales a lo inmediatamente «presente» en el tiempo, es decir, a las representaciones intuitivas y los objetos reales. El hombre, en cambio, por medio del conocimiento abstracto, abarca junto con la realidad presente, todo lo pasado y lo porvenir, y, a la vez, el amplio campo de la *posibilidad*, dominando así un horizonte temporal que se extiende mucho más allá de lo meramente presente y *lo real* (Schopenhauer, 2000a: 79).

De manera que el hombre no es únicamente capaz, como el animal, de una intuición del mundo exterior, sino que sobre ella puede abstraer conceptos y nociones universales que fija y conserva en su conciencia mediante *palabras*, llevando a cabo

---

<sup>6</sup> En este mismo sentido, leemos también: «Esta nueva conciencia de alta potencialidad, este reflejo abstracto de todo lo intuitivo en conceptos no intuitivos de la razón, es lo único que da al hombre esa discreción que tanto le distingue de los animales... Ellos viven sólo en el presente; él en el futuro y en el pasado... Ellos están sujetos a las impresiones del momento, a la acción de motivos intuitivos; a él, en cambio, le determinan conceptos abstractos independientes del presente», Schopenhauer (2000a: 43). Véase, igualmente (1989: 153).

con ellas innumerables combinaciones referidas siempre, lo mismo que los conceptos de que se componen, al mundo intuitivamente conocido (Schopenhauer, 2000b: 80). Esta ocupación del intelecto humano con los conceptos, y la presencia de las representaciones abstractas en la conciencia, es lo que propiamente se denomina *pensar*. También se designa con la palabra *reflexión*, como tropo tomado de la óptica, que pretende expresar a la vez lo derivado y secundario del modo de conocimiento abstracto. La reflexión y el pensar otorgan al hombre su característica capacidad de concentrarse, haciéndole capaz de concebir numerosos individuos con un sólo concepto, aunque en cada caso solamente lo que les es esencial. Esto le permite dejar de lado cualesquiera diferencias entre ellos, incluso las de espacio y tiempo, y obtener así —pensando por medio del concepto— el panorama completo de lo pasado y lo futuro, en tanto que el animal se halla ligado por todos lados al presente.

De acuerdo con la ley de motivación —que corresponde a la aplicación del principio de razón suficiente en el ámbito de la autoconciencia—, el acto de voluntad se sigue, de manera necesaria, a partir de la representación del motivo en el campo de presencia del cognoscente. Al indagar acerca de la clase de objetos que se enmarcan en el ámbito de conocimiento de dicha autoconciencia nos situamos ante lo que Schopenhauer (1989: cap. VII) denomina la cuarta clase de objetos para el sujeto.<sup>7</sup> Llama la atención que esta clase de objetos de la facultad representativa «no comprenda más que *un sólo objeto para cada individuo, a saber: el objeto inmediato del sentido interno, el sujeto de la volición, que es objeto para el sujeto cognoscente, y a decir verdad, sólo se da al sentido interno, y por eso aparece sólo en el tiempo, no en el espacio*». Este «sujeto de la volición» no es otra cosa que el sujeto cognoscente convertido en objeto de conocimiento para sí mismo, en virtud de lo cual «el sujeto se conoce a sí mismo sólo como un *volente*, no como un *cognoscente*» (Schopenhauer, 1989: 202 y 203), pues como forma más general posible de todo conocimiento hemos de suponer, en todo caso, tanto un sujeto cognoscente como un objeto conocido; en este caso, el referido sujeto volente.

Es así como el cognoscente llega a conocer tal *objeto* —la voluntad, que en él mismo se objetiva como sujeto volente y objeto único de la cuarta clase— a través de la serie de acciones y movimientos que su propio cuerpo mediatiza, ocasionados por los motivos, tanto intuitivos como abstractos, representados en el marco temporal de su campo de presencia. La voluntad es reconocida, por tanto, no en su totalidad unitaria ni completamente en su esencia, sino sólo a partir de una *sucesión* de actos particulares y, como consecuencia, sólo *en el tiempo*, que es la forma fenoménica del cuerpo y de todo objeto; de aquí que el cuerpo sea condición para el conocimiento de la voluntad, que en la mencionada sucesión de sus actos se objetiva (Schopenhauer,

---

<sup>7</sup> El principio de razón suficiente —que podemos considerar como la expresión común de las distintas leyes de nuestras facultades cognoscitivas— asume diferentes formas, de acuerdo con las diferentes especies de los *objetos* posibles, para designar las cuales el propio principio de razón modifica en cada caso su expresión. Entre las formas del principio de razón suficiente cabe distinguir, de manera fundamental, las que se derivan de la explicación y aplicación del mismo de acuerdo con su *cuádruple raíz*, reflejo de las *cuatro clases* en que se escinde todo lo que puede ser *objeto para* nuestro conocimiento, es decir, todas nuestras posibles representaciones. En cada una de estas cuatro clases aparece el principio de razón bajo una forma distinta, resultando de ello su división en las siguientes: «principio de razón suficiente del devenir» (o ley de causalidad), «principio de razón suficiente del conocer», «principio de razón suficiente del ser» y «principio de razón suficiente del obrar» (o ley de motivación), según sea la clase de los objetos que tomemos en consideración con relación al sujeto.<sup>7</sup> Es en virtud de esta división —según la cuádruple raíz del principio de razón— como las diversas clases de objetos, que son, de manera respectiva, los «fenómenos» en la representación intuitiva, los «conceptos» en la representación abstracta, las «formas puras de la intuición» y los «actos de la voluntad» (o acciones), llegan a ser conocidas por el sujeto.

2000a: 90 y 92). El conjunto de tales acciones y movimientos se rige mediante la ley de motivación, ligada al sentido interno que permite al cognoscente la conciencia de sí mismo.<sup>8</sup>

Si nos remitimos al objeto único de la cuarta clase podremos decir que, en el ámbito de la autoconciencia, el sujeto cognoscente —mediante el sentido interno— se conoce a sí mismo como si se hallase situado frente a un espejo que le devolviese por reflejo (en calidad de *objeto*) el sujeto volente, en la forma fenoménica de un cuerpo (su propio *objeto inmediato*) que mediatiza y objetiva toda la serie de movimientos y acciones debidas a los motivos —tanto intuitivos como abstractos— que se distribuyen en el marco temporal de su campo de presencia.

Ahora bien —como expresa Schopenhauer— la *identidad* del volente con el cognoscente, por medio de la cual el deíctico «yo» incluye y designa a ambos, «es el nudo del mundo, y, por tanto inexplicable.» (Schopenhauer, 1989: 206) Quiere decir con ello que la identidad establecida entre la voluntad y el cuerpo, conforme a su naturaleza, nunca puede ser demostrada, es decir, no puede ser deducida como conocimiento mediato de otro conocimiento inmediato, porque tal identidad es lo más inmediato que cabe concebir. Supone, por ello, un conocimiento *sui generis*, cuya expresión podría ser, en general, la siguiente: Mi cuerpo, en cuanto objeto inmediato, no es sólo una de mis representaciones y un «objeto entre otros objetos», sino que, teniendo en cuenta la voluntad, corresponden ésta y aquél a una misma cosa, si bien el cuerpo se muestra como la objetivación y el reflejo fenoménico de la voluntad (Schopenhauer, 2000a: 92).

Debemos notar, además, que la identidad entre el cognoscente y el volente no es una identidad entre «sujetos», a pesar de haber empleado para el volente la denominación de sujeto volente, o sujeto de la volición. Lo que se expresa por medio de tales denominaciones es el hecho de que, al afrontar el conocimiento del objeto único de la autoconciencia, el *sujeto* que ha de juzgar —el cognoscente— es el *objeto* mismo sometido a juicio —el volente—; de ahí la utilización del término «sujeto» como referencia a ambos (sujeto y objeto), si bien, como queda dicho, en el ámbito que aquí mencionamos, el sujeto se conoce a sí mismo sólo como un volente, y no como un cognoscente; pues el sujeto que tiene la representación —el cognoscente— no puede nunca llegar a ser representación u objeto, siendo, como correlato necesario de todas las representaciones, condición de las mismas (Schopenhauer, 1989: 205 y 203).<sup>9</sup>

El conocimiento del volente (en calidad de *objeto*) por parte del cognoscente (en calidad de *sujeto*) a través del sentido interno y la autoconciencia, implica —como queda dicho— la *sucesión* de los actos de voluntad ocasionados por los motivos que se distribuyen en el marco temporal del campo de presencia. La proyección intencional del cognoscente hacia tales motivos hace uso tanto de las categorías distensivas (pasado / futuro), como de las categorías extensivas (antes / después), propias del citado campo, como ya hemos señalado (§ 5). Ocurre, no obstante, que la *sucesión* de las

---

<sup>8</sup> Véase, Schopenhauer (1989: 206): «Así como el correlato subjetivo de la primera clase de representaciones es el entendimiento, el de la segunda es la razón, y el de la tercera, la sensibilidad pura, encontramos que el correlato de esta cuarta clase es el sentido interior, o, en general, la conciencia de sí mismo.»

<sup>9</sup> Sobre esta cuestión fundamental leemos: «El sujeto del conocer no puede nunca ser conocido, esto es, no puede nunca hacerse objeto, representación; pero como tenemos no sólo un conocimiento de nosotros mismos exterior (en la intuición de los sentidos), sino también interior, y todo conocimiento, con arreglo a su esencia, supone un conocido y un cognoscente, lo conocido en nosotros como tal no será el cognoscente, sino el volente, el sujeto del querer, la voluntad.» La idiosincrasia del doble conocimiento —el interior y el exterior— que el sujeto atesora de sí mismo, se debe al hecho de que al afrontar el conocimiento del objeto único de la «cuarta clase» se presenta la circunstancia de ser aquí el *sujeto* que ha de juzgar, el *objeto* mismo sometido a juicio (Schopenhauer, 1987: 142).

acciones por parte del volente no se produce de acuerdo con la combinación de ambos tipos de categorías, sino únicamente en términos de las categorías extensivas, a pesar de que la motivación de tales acciones implique también a las categorías distensivas.

Debemos tener en cuenta que, independientemente de que el motivo que ocasiona la acción se caracterice por medio de la combinación de tales categorías (pudiendo ser pasado o futuro, en mayor o menor medida), el acto de voluntad sólo puede ser *actual*, es decir, sólo puede acontecer y conocerse en términos de «ahora». Los motivos, por su parte, se presentan a la conciencia de acuerdo con los dos tipos de categorías, pero los actos de voluntad —las acciones— por parte del volente se suceden a través de un movimiento *de antes a después* en torno al ahora. Ello no quiere decir que tal acto de voluntad comience *antes* y termine *después*, sino que teniendo lugar en el ahora, este ahora se orienta del antes hacia el después (§ 4), de acuerdo con la dinámica asociada al gradiente 2. Podríamos denotar a este gradiente, por tanto, como el *vector* de la acción. Pero, destaquemos que la acción no acontece sin un motivo, que es una representación —no necesariamente actual— ubicada en el marco del campo de presencia del cognoscente y que, por norma general, cada motivo particular poseerá todas las determinaciones categoriales de este campo, tanto las distensivas como las extensivas.

A tal respecto, podríamos considerar que tanto la motivación como la acción *transcurren* en el tiempo. No obstante, en el primer caso, el transcurrir propio de la *motivación* debería interpretarse como un desarrollarse y desplegarse en términos de la estructura categorial completa del campo de presencia, lo que incluye tanto las categorías extensivas como distensivas. En el segundo caso, el transcurrir propio de la *acción* se reduciría, por contra, a la mera sucesión de las acciones del volente de acuerdo con un movimiento *de antes a después* que implica únicamente las categorías extensivas del citado campo.

Las categorías extensivas (antes / después) constituyen —según hemos señalado— el marco para la objetivación del volente, que se manifiesta en la sucesión de las acciones. Pero ello no debe inducirnos a pensar que el marco que recoge la representación (motivos), de cara al cognoscente, esté constituido únicamente por las categorías distensivas restantes (pasado / futuro). El conjunto de categorías temporales propio del cognoscente incluye tanto las categorías distensivas como las extensivas, cuya combinación se expresa en el Ahora (§ 4), que es la posición de presencialidad de este sujeto. Tengamos en cuenta que en el proceso de motivación corresponde al sujeto cognoscente recoger dos clases diferentes de representación; por un lado, el *motivo* (ya sea intuitivo o abstracto), al que se remite por medio de sus facultades cognoscitivas *entendimiento* y *razón*. Por otro lado, el *acto de voluntad*, que se representa a través de la conciencia de sí mismo, o *autoconciencia*.<sup>10</sup>

Estas dos clases de representaciones se enmarcan en el contexto temporal del campo de presencia, que es el ámbito de representación propio del cognoscente, y se caracterizan por medio de la combinación de las categorías extensivas y distensivas. No obstante, insistimos en que el marco categorial en que se manifiesta el objeto de la autoconciencia, esto es, el acto de la voluntad (o la acción por parte del volente), implica únicamente las categorías extensivas, pues tales acciones no se producen en

---

<sup>10</sup> El hecho de que, dentro del marco de la ley de motivación, la facultad representativa del cognoscente reclame para sí el conjunto categorial completo del campo de presencia, incluyendo tanto sus categorías distensivas como las extensivas, nos sirve de argumento en contra del viejo punto de vista tradicional que —con objeto de dirimir acerca de la naturaleza metafísica última del tiempo— plantea una disyunción electiva entre tales conjuntos de categorías, que nosotros vinculamos respectivamente a los gradientes 1 y 2.

términos de pasado y futuro, sino que, produciéndose siempre ahora, se suceden de acuerdo con el antes y el después.

La vinculación que en el marco del campo de presencia se establece entre sus categorías distensivas (pasado / futuro) y extensivas (antes / después) tiene como consecuencia importante que, en calidad de motivo, toda representación proyectada por el cognoscente en dicho campo —ya se trate de recuerdos, expectativas o impresiones actuales—, en calidad de contenidos abstractos o sensibles, participe de los dos conjuntos de categorías mencionados. De manera que cualquier representación que se inserte en el marco del campo de presencia (Figura 1) deberá reflejar tanto caracteres distensivos, como caracteres extensivos. A partir de esta consideración se deduce que en el citado campo no se pueden representar contenidos caracterizados únicamente en términos de las categorías distensivas, o bien sólo por medio de las categorías extensivas, ya que la estructura categorial completa del campo de presencia viene determinada por la reunión de ambos conjuntos de categorías temporales.

Notemos que, puesto que los contenidos y motivos que se distribuyen en el campo de presencia no sólo lo hacen en función de las categorías distensivas, sino también en términos de las categorías extensivas metrizadas, éstas les aportarán sus determinaciones cronológicas, lo que posibilitará que en él pueda establecerse una noción clara de *distancia* temporal. Es a partir de esta noción que adquieren sentido, dentro del marco temporal del campo de presencia, cualidades y relaciones de carácter espacial tales como la *proximidad* o la *lejanía* de los contenidos, y en relación con ellas también la noción de *inminencia* de los mismos. Este es el marco de representación que ofrece al sujeto dicho campo si atendemos a su estructura categorial combinada y a las características dinámicas propias de la misma.

## § 7. La proyección de contenidos en el campo de presencia.

Hemos señalado ya que la ubicación de los acontecimientos en el marco de una parametrización temporal conduce al establecimiento de una *cronología*. En relación con ello, y de cara a la determinación cuantitativa del tiempo en el ámbito de la experiencia personal, hemos destacado asimismo la presencia necesaria de un «*continuum* social» subyacente al uso del «*continuum* particular» que la vida de cada individuo —en cuanto serie de acontecimientos vividos— es en sí misma (Elias, 1997: 58). Hay que tener en cuenta que toda cronología remite a una mera sucesión impersonal de acontecimientos etiquetados por fechas de acuerdo con una parametrización social dada que, implementada sobre la línea de los ahora, da carta de naturaleza a una especie de tiempo público compartido (el *continuum* social), que sirve como denominador común para la descripción colectiva de los acontecimientos y la coordinación de las actividades sociales. Podemos concluir, entonces, que la condición de posibilidad para el sentido de la cronología es la parametrización de la línea de los ahora.

Al hilo de esta cuestión debemos recordar que la línea de los ahora es una abstracción y un mero ente de razón ajeno al contexto de la vivencia subjetiva del tiempo. En realidad los acontecimientos «vividos», los motivos y contenidos, en cuanto *objetos para* el sujeto en el marco de representación de su campo de presencia, no se disponen sobre la línea de los ahora, sino sobre sus líneas vivenciales, definiendo así la diferencia notable que existe entre una simple *cronología* y una *autobiografía*. Esta diferencia tiene en cuenta el detalle crucial de que la autobiografía, más allá de la simple sucesión anónima de acontecimientos, debe interpretarse como una cronología personal enmarcada en el ámbito de un tiempo privado (el *continuum* particular) e inmersa en el proceso de cualificación temporal que configura la noción de temporalidad del sujeto. Recordemos que la temporalidad del cognoscente (Figura 5) da cuenta de

los mismos aspectos de la vivencia del tiempo que la representación bidimensional del campo de presencia (Figura 1), lo que significa que los aspectos de carácter cualitativo y cuantitativo asociados a la vivencia del tiempo —que se inscriben en la noción de temporalidad— se recogen igualmente dentro del marco de representación de su campo metrizado de presencia en términos de sus categorías distensivas y extensivas, respectivamente.

Este campo de presencia metrizado es, precisamente, el marco de definición propio del denominado *yo autobiográfico*, o *yo episódico*, pues lo que realmente conforma el yo episódico no es una mera sucesión cronológica de contenidos, sino la autobiografía personal que los contempla a través del punto de vista subjetivo ligado a las categorías pasado y futuro del campo de presencia. Como elementos que forman parte de la estructura categorial del campo de presencia, las categorías distensivas (pasado / futuro) constituyen —digámoslo así— «lentes» a través de las cuales el sujeto cognoscente «contempla» —podríamos decir también que *cualifica*— la cronología, en cuanto parametrización de la línea de los ahora. Pasado y futuro ofrecen, pues, al sujeto el panorama *distendido* completo de su campo de presencia, si bien tal panorama *se extiende* ante él en virtud de las referidas determinaciones extensivas inherentes a los motivos particulares. Podemos ir un paso más allá y considerar las categorías distensivas, no ya como tales «lentes», sino como el propio «punto de vista» por medio del cual el sujeto se apercibe de los contenidos que se distribuyen en el marco temporal de su campo de presencia.

Merleau-Ponty ha señalado que las categorías pasado y futuro se disponen en el campo de presencia a modo de dimensiones intencionales con las que el sujeto siempre cuenta y trazan de antemano, cuando menos, el estilo de lo que va a venir. Ningún vestigio del pasado puede hacer comprender la conciencia del pasado, puesto que, al ser actuales, tales contenidos no remiten por sí mismos al pasado. Si encontramos en ellos signos de algún acontecimiento anterior es porque *tenemos ya* el sentido del pasado y llevamos en nosotros esta significación. La rememoración del motivo no puede comprenderse, pues, como tal más que si tenemos primeramente una especie de contacto inmediato con el pasado. Con mayor razón, no podemos construir el futuro a partir de contenidos particulares de conciencia, pues ninguno puede pasar por un testimonio sobre el futuro, porque éste ni siquiera ha sido y no puede, como el pasado, dejar en nosotros su marca.

De acuerdo con este planteamiento, para tener «a la mano» el pasado y el futuro no es necesario que el sujeto reúna una serie de contenidos mediante un acto intelectual, pues estos poseen ya una unidad natural y primordial, a través de la cual se anuncian el pasado y el futuro. El presente, por lo tanto, se extiende intencionalmente hacia un pasado y un futuro próximos y los toca allí donde están, en el pasado y el futuro mismos. Si no tuviésemos el pasado —pongamos por caso— más que bajo la forma de recuerdos particulares accesibles, sentiríamos a cada instante la tentación (y la necesidad) de evocarlo para verificar su existencia, como alguien que se volviese a cada momento para comprobar que los objetos que dejó a su espalda continúan estando ahí, si bien en nuestro caso los sentimos detrás de nosotros —y de manera similar sentimos el pasado— como una adquisición irrecusable (Merleau-Ponty, 2000: 420-426).

Debemos tener en cuenta que para que los contenidos que se representan en el marco del campo de presencia no sean concebidos como meros «espejismos», deben remitirse a lo que denominamos un «contexto de significación». Es decir, la proyección intencional por parte del sujeto ha de poner en juego un contexto para la significación de los motivos particulares objeto de la representación. Es esta relación entre los contenidos y el contexto en el que se inscriben la responsable de que aquellos posean algún *significado para* el sujeto que los proyecta, lo que no expresa otra cosa que su condición de ser —en cuanto representación— *objetos para* éste.



A tal respecto, es importante distinguir entre —pongamos por caso— «atender *al futuro*» y «atender *a lo futuro*». Para lo primero tenemos que dejar de lado las categorías extensivas del campo de presencia, en tanto que para lo segundo nos fijarnos necesariamente en tales caracteres, ya que son inherentes al contenido categorial de todo contenido particular que se represente en la vertiente futura de dicho campo. En el primer caso se atiende a la dimensión distensiva (vertical) del campo de presencia, y en concreto a la naturaleza de su vertiente futura. En el segundo caso debemos asumir la presencia de caracteres extensivos en la representación de todo contenido particular. Podemos interpretar, por tanto, que se atiende *al futuro* cuando se problematiza de manera inmediata la dimensión distensiva del campo de presencia, y de manera concreta su vertiente futura. En cambio, se atiende *a lo futuro* siempre dentro de un cierto contexto, en el que se significan los contenidos y motivos particulares representados.

Hay que destacar, por lo tanto, que en todo caso media entre el motivo —que es representación y *objeto* dentro del campo de presencia— y el sujeto un determinado contexto de significación. Así, la vinculación entre el sujeto y el motivo será siempre *mediata*. En el marco de representación del campo de presencia del cognoscente esta mediación implica la estructura categorial del mismo, en función de la cual los contenidos se insertan en dicho campo en términos de la combinación de sus categorías constituyentes, distensivas y extensivas, y se disponen, por tanto, no sobre la línea de los ahora, sino sobre el conjunto de líneas vivenciales del mismo (Toboso, 2004d: [56]).

La noción de contexto de significación implica la idea de *significado* asociado al contenido representado, que vamos a tomar en el sentido de ser tal contenido *objeto para* el sujeto cognoscente. Debemos señalar, pues, que no se trata de una idea semántica de significado; es decir, no se relaciona con la pregunta «qué significa eso», sino que se centra en el enunciado simple «eso» (*objeto para* el sujeto). El campo de presencia define, pues, el contexto *originario* de significación en el que el contenido representado se inscribe como «eso». Como marco de la proyección intencional del cognoscente diremos que el campo de presencia otorga a los contenidos representados en él su *significado intencional*, es decir, la cualidad que los identifica y define como «eso» dentro del citado marco.

En este campo, en cuanto contexto originario de significación, se define en primer lugar, por tanto, el significado intencional de los contenidos representados (la cualidad de ser «eso», *objeto para* el sujeto). Por su pertenencia a un contexto particular (no originario) de significación se aportará también a «eso», dentro de este contexto, un *significado contextual*. Recordemos que la proyección de motivos particulares por parte del sujeto cognoscente en el marco de su campo de presencia se ve mediada, en cada caso, por un contexto de significación determinado. En términos generales, la extensión intencional del cognoscente hacia las vertientes de su campo de presencia puede darse a través de un procedimiento prospectivo, en caso de que la proyección vincule su posición a la vertiente futura, o bien a partir de un procedimiento retrospectivo, si la extensión intencional se da hacia la vertiente pasada. Normalmente, ambos procedimientos formarán parte de una teoría determinada, responsable de dar cuenta del comportamiento de una cierta clase de fenómenos que, en cuanto *objetos* de estudio para la misma, interpretamos como *objetos para* la teoría.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Por medio de esta expresión característica proponemos ampliar la noción de *representación* más allá del marco en que se la considera habitualmente como aquello que es *objeto para* el sujeto. En nuestra opinión, el lugar de éste, en cuanto correlato no objetivo de toda representación puede ser ocupado por una teoría, que aportará, al igual que aquél, sus propias «potencias cognoscitivas» reunidas en la forma de un aparato representativo expresado como su

A propósito de la noción de «teoría» que manejamos, cabe decir que bajo ella no consideramos solamente las elaboradas formalizaciones que, como elementos explicativos, se integran en los diversos campos de conocimiento, sino que optamos por una noción más amplia que concibe la teoría como una cierta manera que *contemplar* los hechos del mundo. Así, en el marco de la proyección intencional por parte del sujeto, una teoría podrá consistir simplemente en un conjunto de observaciones y creencias —recogidas generalmente a partir de la experiencia— acerca de una clase determinada de fenómenos de la misma, dentro del cual se inscribirán los procedimientos prospectivo y retrospectivo ya mencionados.

Cabe señalar que no es sino en calidad de contenidos y motivos abstractos como el sujeto representa la diversidad de los sucesos que son *objeto para* las diferentes teorías. Por ello, vamos a considerar las teorías como *fuentes de motivos abstractos* que —bajo la forma diversa de sucesos cualificados como pasados y futuros por el sujeto— se ofrecen también como *objetos para* éste. Paralelamente a esta interpretación también podemos referirnos a las teorías, en un sentido temporal, como *procedimientos abstractos de apertura* que son tenidos en cuenta por el sujeto cognoscente para proyectarse más allá de su propia actualidad. En virtud de estas consideraciones vamos a identificar tales teorías con la noción de contexto de significación, aludida anteriormente (Toboso, 2004d: [71] y [80]).

Es importante señalar que generalmente el contexto no originario de significación en el que se enmarca un contenido particular —en cuanto marco teórico para su representación— no incluye las categorías distensivas pasado y futuro del campo de presencia, de manera que éstas no se le pueden atribuir como determinaciones temporales, sino sólo por la relación mediata de tal contenido con el sujeto cognoscente, en virtud de la cual se verifica el proceso de cualificación. Cuando se realiza, pongamos por caso, la predicción de un contenido particular —desde el ahora actual hacia un ahora posterior— dentro del contexto de significación ligado a un marco teórico concreto de representación, es el sujeto cognoscente quien cualifica tal prospección y la interpreta como la predicción de un acontecimiento futuro; es decir, es el propio cognoscente quien aporta al contexto de significación del contenido en cuestión la categoría «futuro», perteneciente al contexto originario de significación que es su campo de presencia. De esta manera, por medio del proceso de cualificación, se lleva a cabo lo que denominamos la *ampliación categorial* del contexto de significación particular a partir del cual se representa el motivo *objeto* de la predicción, definiendo así su relación de pertenencia al ámbito de *lo pasado* o de *lo futuro* (Toboso, 2004d: [82]).

El proceso de ampliación categorial, o cualificación, supone —digámoslo así— contemplar los caracteres extensivos del contexto no originario particular desde la perspectiva de los caracteres distensivos del contexto originario de significación. Como ya hemos indicado, consideramos que las categorías distensivas (pasado / futuro) constituyen el «punto de vista» por medio del cual el sujeto se apercibe de los contenidos que se distribuyen en el marco temporal de su campo de presencia, proyectados dentro de su propio contexto de significación. La ampliación categorial es asimismo la responsable de la diferencia ya indicada entre las nociones de cronología y autobiografía en lo tocante a la representación del yo episódico, o autobiográfico.

---

formalismo —ya sea conceptual o matemático—, a partir del cual se derivará la clase de representaciones concretas que son *objeto para* la misma.

## § 8. La configuración del yo episódico sobre contenidos representados.

El análisis de los aspectos neurofisiológicos de la conciencia del tiempo requiere, obviamente, delimitar la naturaleza y el ámbito de la misma. Esto es algo que ya hemos realizado por medio de nuestro estudio fenomenológico previo, a partir del cual se puede concluir que, en una primera aproximación, la conciencia del tiempo se inscribe en el marco de representación del campo de presencia, el cual no es otra cosa que la propia conciencia del tiempo configurada como un campo sobre las categorías temporales. La labor fundamental llevada a cabo hasta el momento ha consistido, pues, en la clarificación de los elementos categoriales que conforman la conciencia del tiempo, algo que incomprensiblemente se ha pasado por alto en todos los análisis anteriores y que ha introducido en el estudio del tiempo confusiones y malentendidos notables. Se puede decir que, en lo tocante a la conciencia del tiempo, nuestro estudio tiene uno de sus pilares básicos en el análisis de las categorías de naturaleza temporal —distensivas y extensivas— que intervienen en dicha conciencia y que se concitan en la estructura categorial del campo de presencia y del Ahora. En ésta, que es su forma usual de darse, la conciencia del tiempo se ofrece como un nudo en el que se entrelazan tales categorías, de ahí la importancia de desliar su madeja y tratar de clarificar su propia naturaleza. Pensamos que, tras este análisis, el paso siguiente debe consistir en la búsqueda de correlatos neurofisiológicos para las categorías y estructuras fenomenológicas implicadas en dicha conciencia.

Notemos que la definición del yo episódico en el campo de presencia requiere la proyección de los contenidos de sus líneas vivenciales en la línea metrizada de los ahora, lo que supone la asignación de un «cuándo» al contenido retenido o protenido, al «qué» recordado o esperado. La proyección que configura el yo episódico se da, por tanto, en el sentido de la línea vivencial a la línea metrizada de los ahora, esto es, del «qué» representado a su «cuándo». Se trata de una especie de aplicación unívoca de los contenidos en fechas, una —digámoslo así— socialización del tiempo privado, que inserta el *continuum* particular en el *continuum* social; una proyección de «qué» recordamos (o esperamos) a «cuándo» lo recordamos (o esperamos) en el marco de representación del campo de presencia. En ocasiones esta proyección puede fallar, como cuando no encontramos la posición de una pieza concreta en un puzzle. Cuando falla la proyección y la asignación de la fecha al contenido podemos apelar a estrategias particulares de contextualización, tales como la idea de conexión causal y seguibilidad de los acontecimientos. Como señala Merleau-Ponty (2000: 425), en el recuerdo expreso y en la evocación voluntaria del pasado se produce una síntesis de identificación: «Por ejemplo, estoy dudando de la fecha de un recuerdo, tengo ante mí una escena, no sé a qué punto del tiempo colgarla, el recuerdo ha perdido su anclaje, entonces puedo obtener una identificación intelectual fundada, por ejemplo, en el orden causal de los acontecimientos: mandé hacer este traje antes del armisticio, porque desde entonces no se encuentra ya tejido inglés.»

De acuerdo con la naturaleza de la proyección que aquí nos ocupa podemos decir que todo motivo o contenido de conciencia tiene dos partes: 1) El contenido propiamente dicho, es decir el «qué» retenido o protenido. En términos de la distinción entre substancia y accidente podríamos decir que se trata de la *substancia* del contenido de conciencia. 2) Su *accidente* cronológico, es decir, la fecha particular que se asigna al contenido, el «cuándo» asociado al «qué». Recordemos que en el marco del campo de presencia no se pueden contextualizar representaciones, motivos o contenidos caracterizados únicamente en términos de las categorías distensivas, o bien sólo por medio de las categorías extensivas, ya que la estructura categorial de dicho campo implica la reunión de ambos conjuntos de categorías temporales. En términos neuroló-

gicos se desconoce todavía de qué manera asigna el cerebro un acontecimiento a una fecha específica y lo sitúa en una secuencia cronológica, o por qué deja de hacerlo. Los experimentos diseñados para investigar cómo se establece la línea cronológica autobiográfica pretenden identificar la región o regiones del cerebro requeridas para situar los contenidos en su momento correspondiente. De sus resultados se deduce que recordar un hecho —el «qué»— y asignarle una fecha concreta —su «cuándo»— son procesos distintos.

Quienes tienen dañadas las regiones cerebrales implicadas en el aprendizaje y la retención de contenidos nuevos desarrollan importantes alteraciones en su capacidad de situar los hechos del pasado en la época y secuencia adecuadas. Además, estos pacientes amnésicos no saben evaluar con precisión el paso del tiempo en las escalas de horas, meses, años y décadas. Su reloj biológico, no obstante, a menudo permanece intacto, lo mismo que su capacidad de notar duraciones breves de tiempo, de un minuto o menos, y ordenarlas correctamente. Los estudios de pacientes con lesiones cerebrales dan a entender que determinadas estructuras del *lóbulo temporal* y del *prosencefalo basal* desempeñan una labor importante en la retención y recuperación de la información relativa al «qué» y al «cuándo» de los contenidos. Así, daños permanentes en el *hipocampo* —una estructura localizada en el lóbulo temporal— producen la incapacidad de establecer recuerdos nuevos. Notemos que la capacidad de formar nuevos recuerdos es indispensable para la adquisición de un sentido de la propia cronología. Los pacientes cuyo hipocampo no funciona son incapaces de retener mucho más de un minuto las cosas que vayan pasando. Se dice que padecen de *amnesia anterógrada* (Damasio, 2002: 36). La amnesia anterógrada impide, por tanto, que los acontecimientos y contenidos actuales sean retenidos y recogidos en las líneas vivenciales del campo de presencia. Se trata de una patología que afecta de manera directa a la substancia, al «qué», del contenido de conciencia, impidiendo su retención.

Curiosamente, los recuerdos nuevos que el hipocampo ayuda a formar no se almacenan en él, sino en redes neuronales distribuidas en zonas diferentes de la corteza cerebral, incluido el lóbulo temporal —la región a través de la cual el hipocampo mantiene una comunicación bidireccional con el resto de la corteza cerebral—. Tales zonas se relacionan con el tipo de contenido que se esté recordando; así, hay áreas dedicadas a impresiones visuales, sonidos, información táctil, etc. Estas redes deben activarse, tanto para almacenar como para recuperar un contenido. Se trata, pues, de un sistema distribuido por todo el cerebro. Cualquiera de esas redes sirve luego para la recuperación; en ocasiones recordamos a partir de los sonidos que acompañaron un suceso, otras veces por los estímulos visuales, también puede ser un olor el que despierte el recuerdo vivido, etc. Cuando se dañan esas zonas, los pacientes son incapaces de recuperar los recuerdos almacenados. Se dice que padecen de *amnesia retrógrada*. Los recuerdos que más se pierden son aquellos que poseen un marcado sello temporal: acontecimientos únicos de la vida ligados a un contexto concreto y a una ocasión determinada como, por ejemplo, el recuerdo de la propia boda. En pacientes con la corteza del lóbulo temporal lesionada se pueden borrar años e incluso décadas de memoria autobiográfica. La encefalitis vírica, la apoplejía y la enfermedad de Alzheimer figuran entre las patologías neurológicas responsables de los daños más severos.

Se ha referido el caso de un paciente con lesión en ambos hipocampos y en partes del lóbulo temporal que padecía, en consecuencia, tanto amnesia anterógrada como retrógrada. No era capaz de almacenar recuerdos nuevos factuales ni de recuperar los antiguos. Su conciencia afectada del tiempo le encerraba en un presente permanente, incapaz de recordar ni lo que pasó hace un minuto, ni lo sucedido hace veinte años. Tampoco era capaz de referir la fecha actual; cuando se le pedía que la

adivinase sus respuestas eran disparatadas. Dos de las pocas cosas concretas que tenía claras eran que estaba casado y que tenía dos hijos. Pero si se le preguntaba acerca de cuándo se casó, o cuándo nacieron sus hijos, no lo sabía (Damasio, 2002: 36).

A otro paciente se le extirparon ambos hipocampos para impedir los ataques epilépticos, resistentes a la medicación anticonvulsiva. Como resultado, su conciencia dañada del tiempo quedó anclada, como en el caso anterior, en un presente permanente. Todo lo que aprendía desaparecía en cuestión de una hora. El proceso de consolidación de nuevos recuerdos desapareció con la operación, quedando sólo los recuerdos ya almacenados. También el proceso de transferencia desde la memoria a corto plazo, o *memoria de trabajo*, a la *memoria a largo plazo* dejó de funcionar. Sin embargo, la memoria motora, o de procedimientos, permaneció intacta; es decir, el paciente podía seguir aprendiendo habilidades motoras como si nada hubiese ocurrido, aunque de un día para otro no recordaba haber realizado el entrenamiento. Tales diferencias ponen de manifiesto la disociación entre la denominada *memoria explícita*, afectada por la operación, y la *memoria implícita*, que permaneció intacta, y sugieren que ambos tipos de memoria tienen una localización distinta en el cerebro (Rubia, 2002: 143).<sup>12</sup> Las experiencias de pacientes amnésicos ponen de manifiesto el papel fundamental de ciertos tipos de memoria en la conciencia del tiempo.

La memoria de trabajo, antes mencionada, supone una parte considerable de la *función ejecutiva* de la corteza prefrontal.<sup>13</sup> Los sistemas que se encargan de esta memoria están en el lóbulo frontal, justo delante de las áreas que se ocupan de movimientos y procedimientos. Retienen datos, contenidos e ideas durante un rato y cuentan luego con la memoria a largo plazo para codificar la información en el hipocampo y en otras partes de la corteza. La información nueva es retenida en la memoria de trabajo del lóbulo frontal durante un tiempo breve, más allá del cual su recuperación deberá hacerla el hipocampo. Cuando se recupera un recuerdo por mediación del hipocampo se pone nuevamente en la memoria de trabajo.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> La *memoria explícita* codifica el conocimiento factual (nombres, rostros, hechos, cosas). Depende de un diálogo inicial entre el hipocampo y el lóbulo temporal. Nuestra aprehensión consciente accede directamente a los recuerdos explícitos, que se recuperan flexible y rápidamente, aunque en ocasiones con alguna dificultad. Recuerdos explícitos son los de la *memoria episódica*, que implica la capacidad de situar contenidos y sucesos en el tiempo, ya sea en el pasado o en el futuro. También la *memoria semántica* remite a recuerdos explícitos. Está desligada de la experiencia personal; es cognoscitiva, no autobiográfica. Incluye categorías de sucesos, objetos, el conocimiento espacial y la representación simbólica. Los hechos semánticos difieren de los hechos episódicos sólo en que han sido extirpados de un momento y un lugar específicos. La *memoria implícita*, por su parte, no requiere ninguna elaboración consciente para la codificación o la recuperación de los contenidos. Influye sobre nuestras percepciones, creencias, sentimientos, pensamientos y acciones. Se basa en estructuras cerebrales que ya están formadas al nacer y disponibles a lo largo de toda la vida, tales como la amígdala y otras regiones límbicas para la memoria *emocional*, los ganglios basales y la corteza motora para la memoria *procedimental*, o *motora*, y la corteza perceptiva para la memoria *perceptiva*.

<sup>13</sup> La *función ejecutiva* rige nuestras acciones y vincula nuestra atención con objetivos cortos y largos. El director de esta función ejecutiva es el lóbulo frontal, que desempeña un papel importante en la capacidad de mantener la atención, porque bloquea los estímulos irrelevantes.

<sup>14</sup> La *memoria de trabajo* retiene cantidades pequeñas de información durante unos segundos. Gracias a ella recordamos, por ejemplo, un número de teléfono sacado de la guía el tiempo suficiente para marcarlo en el teléfono. Si no repetimos mentalmente la información perderemos el contenido de la memoria de trabajo en pocos segundos. La información almacenada en la *memoria a largo plazo*, en cambio, sigue siendo fiable durante periodos largos. La memoria de trabajo es la RAM, o memoria de acceso rápido del cerebro, crucial para mantener y manipular las palabras en una conversación y las representaciones espaciales. Gracias a ella damos prio-

A diferencia de quienes tienen dañado el hipocampo, los pacientes con lesión en el prosencéfalo basal son capaces de retener nuevos contenidos, pero a menudo los recuerdan en un orden incorrecto, reconstruyendo la secuencia cronológica de lo sucedido mediante una narración ficticia que puede cambiar de una ocasión a otra. En el caso de daño en el prosencéfalo basal se conserva la capacidad de retener algunos sucesos, pero no «cuándo» ocurrieron; se trata de una indicación de que desempeña un papel fundamental en el establecimiento del contexto que nos permite situar los contenidos pasados en su época correspondiente y trazar la cronología ligada a los mismos (Damasio, 2002: 39). La lesión del prosencéfalo basal produce, por tanto, una afectación del sentido de la cronología, aunque debemos destacar que este sentido no agota todos los aspectos de la conciencia, mucho más amplia, del tiempo que se expresa en la noción de temporalidad del sujeto cognoscente y en el marco de su campo de presencia.

Al introducir la noción de temporalidad del sujeto (§ 5) destacamos el hecho importante de que ésta y el campo de presencia dan cuenta de los mismos aspectos de la conciencia del tiempo. Los aspectos de carácter cualitativo y cuantitativo ligados a la conciencia del tiempo —que se inscriben en la noción de temporalidad— se recogen igualmente en el marco de representación del campo de presencia por medio de sus categorías distensivas y extensivas, respectivamente. Las categorías distensivas, ajenas a la idea de cantidad o medida temporal, constituyen las vertientes pasado y futuro del citado campo. Por su parte, las categorías extensivas son las responsables de «extender» el campo de presencia a lo largo de la línea de los ahora que se muestra en su representación bidimensional (Figura 1). Lo notable es que, al margen de la referencia a una parametrización temporal, la línea de los ahora no puede considerarse como un *continuum* normalizado apto para la determinación cuantitativa del tiempo y la asignación de fechas, debido a que no posee los caracteres cronométricos necesarios para ello, que son aportados por la referida parametrización, la cual no es otra cosa, al fin y al cabo, que «medida» temporal. La síntesis de identificación que conduce al establecimiento de la autobiografía ligada al yo episódico requiere en última instancia ubicar los contenidos del campo de presencia dentro del marco de esa parametrización temporal.

### § 9. La representación del yo episódico como «fractura».

Debemos destacar que el campo de presencia, en cuanto contexto originario de significación, ofrece a la experiencia, como *objetos originarios*, la línea metrizada de los ahora ligada a sus categorías extensivas (antes / después) y las dos vertientes del mismo asociadas a sus categorías distensivas (pasado / futuro). La relación inmediata del cognoscente con estos objetos originarios difiere de su relación mediata con los contenidos y representaciones que constituyen *lo pasado* y *lo futuro*, derivados de otros contextos no originarios de significación. Con el fin de caracterizar esta diferencia vamos a denotar la experiencia dentro del contexto originario del campo de presencia como *experiencia «originaria»*, o *protoexperiencia*, temporal que, asimismo, vamos a interpretar como la condición de posibilidad para la que denominamos *experiencia temporal*; es decir, para aquella otra experiencia mediata (no originaria) cuyos objetos son los contenidos que constituyen lo pasado y lo futuro, en tanto que como objetos de la protoexperiencia temporal tenemos la línea metrizada de los ahora y las vertientes pasado y futuro mismas del campo de presencia (Toboso, 2004d: [60]).

---

ridad a unos contenidos en vez de a otros; los menos importantes circulan por el fondo, pero siempre listos para que se los llame a un primer plano (Ratey, 2003: 244 y 165).

Tengamos en cuenta que dentro del marco de representación (Figura 1) de este campo la línea metrizada de los ahora no aparece como una simple *línea* trazada en él, sino como una especie de *frontera* entre los dos semiplanos asociados a las categorías distensivas (pasado / futuro). La consideración de la línea metrizada de los ahora como tal frontera se puede ilustrar de una manera gráfica imaginándola como la línea que separase dos regiones de color diferente sobre una hoja de papel, si denominamos a estos colores «pasado» y «futuro». De otra manera, cabe también interpretar dicha línea como la línea de *fractura* en la que confluyen los dos semiplanos mencionados. En relación con esta observación notemos que las categorías pasado y futuro son aprehendidas por el sujeto como horizontes temporales cualitativa y totalmente diferenciados, vinculados a la subjetividad como una adquisición irrecusable. Tal aprehensión favorece precisamente la instalación del cognoscente en su diferencia (en su fractura), como quien se instalase en la cima de una montaña donde confluyen sus vertientes diversas (Toboso, 2004d: [54]).

La línea metrizada de los ahora, en cuanto fractura dotada de continuidad, es un objeto de la protoexperiencia temporal. Al pasar al ámbito de la experiencia sobre contenidos, la continuidad de la línea metrizada de los ahora (como *continuum* social) sirve de soporte a la continuidad de las líneas vivenciales (como *continuum* particular) que incorporan los contenidos; pero debemos destacar que estas últimas no incluyen ninguna determinación relativa al «cuándo» de tales contenidos. Por eso la representación del yo episódico asocia a la parametrización social de la línea de los ahora los contenidos recogidos en las líneas vivenciales. La continuidad de la línea metrizada de los ahora, en cuanto objeto de la protoexperiencia temporal, se refleja así en la continuidad de los contenidos del yo episódico en el marco de la experiencia. La protoexperiencia subyace y precede a la experiencia, por lo que la *fractura* en la protoexperiencia precede, a la vez que posibilita, la *continuidad* de los contenidos en la experiencia temporal.

La relación del yo episódico con el cognoscente se asemeja a la que éste último mantiene con el yo volente en el proceso motivación. El yo volente es el yo de la acción, en tanto que el yo episódico constituye —digámoslo así— el yo de la narración, un yo narrativo, verbal. Gracias al lenguaje dominamos el plano abstracto en el que se configura el yo episódico. En el ámbito de la acción, cognoscente y volente determinan la dualidad sujeto / objeto. En el plano abstracto posibilitado por el lenguaje, el cognoscente se expresa como yo episódico, siendo la acción reemplazada por la narración. De manera que el yo episódico, autobiográfico, puede considerarse como el reflejo del cognoscente en la conciencia abstracta. Consecuentemente se trata de un yo cuya representación puede fallar por fallos en esa clase de conciencia en que se representa. Notemos, no obstante, que el cognoscente puede seguir funcionando cuando falla la representación del yo episódico.

La representación del yo episódico se basa en los contenidos de la memoria episódica, cuyo objeto son *lo pasado* y *lo futuro*, a los que se accede a través de la puerta de entrada que son *el pasado* y *el futuro* mismos, en cuya fractura se instala el cognoscente. De modo que sucede como si el cognoscente fuese la puerta de entrada al yo episódico, y debe analizarse cómo su fractura se relaciona con la continuidad de éste.

La instalación del cognoscente en la fractura (pasado / futuro) no remite a la experiencia, sino a la protoexperiencia temporal. Contrasta la continuidad de los contenidos que conforman la representación del yo episódico frente a la presencia de dicha fractura en la naturaleza del cognoscente. Se trata, no obstante, de dos aspectos fundamentales y dialécticos de la conciencia del tiempo: la *continuidad* de los contenidos del yo episódico es contemplada desde la *fractura* en que se instala el cognoscente, a modo de una fractura continua. A tal respecto podemos decir con Merleau-Ponty (2000: 423) que «la conciencia es contemporánea de todos los tiempos», preci-

samente porque la conciencia (el cognoscente) se instala en la fractura atemporal de las categorías pasado y futuro, en la que se expresa la continuidad de la línea de los ahora, a los que se refieren «todos los tiempos» recién citados.

Debemos tener en cuenta que en el marco del campo de presencia la línea de los ahora y las vertientes pasado y futuro se determinan mutuamente, pues esta línea es a la vez la razón y la consecuencia de la fractura entre esas dos vertientes, de modo que la representación del yo episódico que se proyecta sobre tal línea ya tiene que ver con la naturaleza de dicha fractura. Al hilo de estas consideraciones cobra un significado nuevo la declaración de Merleau-Ponty (2000: 425): «el tiempo no es una línea, sino una red de intencionalidades» que configura el campo de presencia del sujeto, pues la línea de los ahora no es una simple línea, sino el reflejo de la fractura mencionada; por esta razón, como ya hemos señalado (§ 4), cada punto de dicha línea es, *a la vez*, «presente» y «ahora», porque cada punto, considerado *en sí mismo* —en su individualidad, y no como mero eslabón de la línea antedicha—, «es» el Ahora (§ 3), esto es, el *punto estable* de la conciencia del tiempo sobre el que se articulan a la manera de un «par» de fuerzas los gradientes 1 y 2. De manera que cada ahora actual sobre la línea que los contiene se ve flanqueado y completado por sendos horizontes de retención y protención que configuran la vivencia originaria del pasado y del futuro. Esta conjunción define la estructura categorial y dinámica del campo de presencia del cognoscente. Lo notable es que esta estructura no se despliega a partir de cada ahora actual, sino que cada ahora actual ya se halla inmerso en ella, ligado en el campo de presencia a sendos horizontes de pasado y de futuro.

## § 10. La relación entre los «contenidos» representados y sus «continentes» categoriales.

La búsqueda de los elementos neurofisiológicos que intervienen en la conciencia del tiempo debe tener en cuenta nuestro análisis fenomenológico previo de la misma, y en particular su vinculación a las nociones de campo de presencia y temporalidad del sujeto cognoscente. Los aspectos cuantitativos de la conciencia del tiempo remiten, como ya sabemos, a la parametrización social de la línea de los ahora, que hemos considerado como condición necesaria para el establecimiento de toda cronología y, consecuentemente, de la autobiografía que constituye la representación del yo episódico. En calidad de contenidos, los acontecimientos que configuran la autobiografía, como contenido substancial del yo episódico, no remiten al *pasado* y al *futuro* mismos, sino a *lo pasado* y a *lo futuro*. El yo episódico se basa en el recuerdo de lo pasado, pero también de lo futuro. Estas acciones implican, respectivamente, la intervención de las clases de memoria denominadas retrospectiva y prospectiva. A partir del bagaje de contenidos de la *memoria retrospectiva*, enmarcados en el ámbito de lo pasado, se configura lo futuro dentro de un determinado contexto de significación.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Tengamos en cuenta, al respecto, lo siguiente: Si un contenido nuevo de conciencia no puede ser referido a contenidos previos, al menos en cuanto a su tipo general, la consideramos «extraño» —en caso contrario «familiar»—. En ambos casos el esquema para interpretar el contenido nuevo es un acervo social y personal de conocimiento a mano. Esta referencia a contenidos vividos presupone la memoria con todas sus funciones, tales como la retención, el recuerdo y el reconocimiento. En lo tocante a la vertiente futura del campo de presencia, puesto que todo contenido se refiere también a lo futuro —al llevar consigo protenciones de lo que tendrá lugar de manera inmediata o más distante en el tiempo—, no podemos prever ningún motivo de cuya tipicidad no hayamos tenido experiencia previa. Decimos, entonces, que la experiencia del mundo se da, como una estructuración según tipos y relaciones típicas entre ti-



Tales contenidos futuros, interpretables como un futuro recordado a partir de lo pasado, se inscriben como contenidos de la *memoria prospectiva*. La combinación de las memorias retrospectiva y prospectiva constituye la *memoria episódica*. La proyección de los contenidos de las memorias retrospectiva y prospectiva se asemeja, a nuestro entender, a la proyección de representaciones por medio de teorías —consideradas como contextos de significación— sobre el marco del contexto originario que es el campo de presencia del sujeto. Esta semejanza nos lleva a aplicar tal noción de teoría también a la memoria episódica, encargada de sustentar la representación del yo episódico. En tal caso interpretaremos la memoria episódica como el procedimiento abstracto de apertura y la fuente de contenidos abstractos que configura la representación del yo episódico. Como elemento neurofisiológico la memoria episódica remite al sentido de la cronología, cuya condición de posibilidad es la parametrización de la línea de los ahora, que da cuenta de los aspectos métricos y cuantitativos de la temporalidad del cognoscente.

En lo tocante a los aspectos cualitativos de la conciencia del tiempo, las categorías distensivas (pasado / futuro) deben remitir a algo diferente de la memoria episódica, pues ésta tiene que ver únicamente con la representación de lo pasado y lo futuro. En este sentido, como señala Merleau-Ponty (2000: 426), si nouviésemos el pasado —pongamos por caso— más que bajo la forma de recuerdos particulares accesibles (lo pasado), sentiríamos a cada instante la tentación y la necesidad de evocarlos para verificar su existencia, como alguien que se volviese a cada momento para comprobar que los objetos que dejó a su espalda continúan estando ahí, si bien en nuestro caso los sentimos detrás de nosotros —y de manera similar sentimos el pasado— como una adquisición irrecusable.

Los «contenidos» de las memorias retrospectiva y prospectiva (lo pasado y lo futuro) remiten, pues, a sendos «continentes», las categorías pasado y futuro, aunque normalmente no reparamos en ellas, lo mismo que en el contexto de la experiencia espacial sólo nos fijamos en los objetos situados a la izquierda o a la derecha, sin reparar en la izquierda o la derecha mismas. A tal respecto podríamos hablar de una tendencia del sujeto hacia contenidos y objetos en detrimento de su atención hacia las categorías que los contienen, lo que le lleva a tomar normalmente, de manera errónea, el contenido por el continente. Tengamos en cuenta que los contenidos representados en el campo de presencia intervienen en el proceso de motivación, donde se relacionan con el yo volente, que corresponde a la naturaleza objetiva del cognoscente. La dinámica del proceso de motivación es la misma con independencia de la vertiente (pasado o futuro) del campo de presencia de la que proceda el motivo, lo que revela que la sucesión de las acciones del sujeto volente no tiene que ver con tales vertientes, sino sólo con la línea de los ahora. Ocurre como si las categorías pasado y futuro resultasen transparentes al proceso de motivación; al fin y al cabo tales categorías no constituyen por sí mismas «motivos» para la acción.

Puede decirse, entonces, que los objetos de la *experiencia* temporal (contenidos, motivos) se muestran fácilmente asibles al sujeto, al contrario que los de la *protoexperiencia* (categorías), pese a ser estos mucho más cercanos al cognoscente. Si recordamos la consideración de las categorías pasado y futuro como las «lentes» o el «punto de vista» del sujeto sobre los contenidos representados en su campo de presencia, podemos imaginar tales categorías como si fuesen «los ojos» del cognoscente y pensar en los contenidos como «lo visto» a través de ellas, lo que nos ayuda entender la dificultad de verse a sí mismos los propios ojos. La experiencia temporal remite a objetos (contenidos), pero la protoexperiencia remite a las categorías (continentes).

---

pos que permanecen inmutables «hasta nuevo aviso», que determina la estructura básica del mundo tal y como lo conocemos y nuestra manera de experimentarlo y actuar dentro de él (Schutz, 1974: 261 y 262).

El análisis de la protoexperiencia temporal supone, en cierto sentido, el regreso a la consideración de las categorías. Se trata de un análisis de las condiciones de posibilidad de la experiencia temporal. Por ello hemos considerado que la protoexperiencia es anterior y precede a la experiencia temporal. Las categorías pasado y futuro determinan la estructura de dicha experiencia, y remiten por tanto a la idea de protoexperiencia temporal. Análogamente las categorías izquierda y derecha, o delante y detrás, determinan la estructura de la experiencia en el ámbito espacial.

Un hecho trivial de la experiencia espacial es que un mismo objeto no puede situarse a la vez a la izquierda y a la derecha del mismo observador, el cual sí tiene a la vez, por el contrario, las categorías izquierda y derecha en su campo perceptivo. El mismo hecho trivial se reviste de cierto interés en el ámbito de la experiencia temporal. El cognoscente tiene a la vez en su campo de presencia las categorías (continentes) pasado y futuro como «protobjetos» de la protoexperiencia temporal, pero un mismo motivo (contenido) no puede pertenecer a la vez a ambas categorías. Se trata de una pertenencia *excluyente* para los contenidos con relación a las categorías que los contienen. Los contenidos y motivos (objetos) se articulan en líneas vivenciales. Las categorías (protobjetos) se articulan como campo de presencia. En este campo las categorías pasado y futuro de la protoexperiencia temporal están comunicadas entre sí por las líneas vivenciales en las que se insertan los contenidos.

En todo proceso de memoria, ya sea retrospectiva o prospectiva, se ven implicadas de antemano las categorías pasado y futuro, lo mismo que en el proceso de reconocimiento en el espacio se hallan implicadas las categorías izquierda y la derecha. La prueba de esto último la constituye la patología denominada *hemiasomatognosia*, que implica la negligencia del individuo sobre tales categorías espaciales, y en consecuencia sobre los objetos asociados a ellas. La hemiasomatognosia espacial izquierda se presenta como consecuencia de una lesión en el lóbulo parietal derecho. Con menor frecuencia puede darse hemiasomatognosia espacial derecha si la misma lesión se localiza en el hemisferio izquierdo. Una persona que padezca hemiasomatognosia izquierda puede, por ejemplo, dejar de vestir la mitad izquierda de su cuerpo, o no comer el alimento del lado izquierdo del plato; en la cama puede volverse constantemente hacia la derecha, con el consiguiente riesgo de caída. Estas personas no son ciegas a la parte izquierda del espacio; pueden, dado el caso, identificar una letra en su campo visual izquierdo, pero en general ignoran esa vertiente del espacio.

En una prueba típica de diagnóstico el paciente debe tachar todos los segmentos de línea distribuidos en una hoja de papel. Los resultados muestran que quienes padecen hemiasomatognosia izquierda olvidan tachar muchos segmentos situados en la parte izquierda de la hoja. La explicación de los mismos tiene en cuenta tanto su dificultad para atender a la izquierda como para realizar movimientos dirigidos hacia ese lado, pues la tachadura de líneas requiere ambas acciones. Se dice que la hemiasomatognosia afecta tanto al *espacio visual* como al *espacio motor*. En una clase diferente de prueba, que exige el trazado de memoria de planos de lugares conocidos, se pone de manifiesto que la negligencia afecta además al *espacio imaginativo*.

En una variación de la primera prueba descrita se ofrecen al paciente, no una, sino dos hojas separadas de segmentos que debe tachar, una a la izquierda y otra a la derecha. En la prueba con una sola hoja la persona afectada ignoraba todas las líneas del lado izquierdo de la misma, pero con dos hojas separadas tacha algunos segmentos del lado derecho de la hoja izquierda, e ignora algunos segmentos del lado izquierdo de la hoja derecha. Esto sugiere que la persona muestra dos clases diferentes de negligencia izquierda. La negligencia general del lado izquierdo del espacio implica negligencia de base espacial. La negligencia particular del lado izquierdo de los objetos implica negligencia de base objetiva; en la segunda prueba cada hoja de segmentos se interpreta como *un objeto* perceptivo. Ambas clases de negligencia se dan en el caso de la hoja izquierda, de modo que la mayor parte de sus segmentos son ignora-

dos. En el caso de la hoja derecha sólo concurre la negligencia de base objetiva, por lo que la mayoría de sus segmentos son tachados.

Si hacemos uso del lenguaje derivado de nuestro análisis de la conciencia del tiempo, podríamos decir que en caso de hemiasomatognosia izquierda cada una de las dos hojas de segmentos es percibida como *protobjeto* (continente) y dentro de las mismas los segmentos se perciben como *objetos* (contenidos) Con ello cabría redefinir la negligencia de base espacial como negligencia de base *categorial* (izquierda), conservando por su parte la denominación aplicada a la negligencia de base *objetiva*. En el ámbito de la conciencia del tiempo las categorías pasado y futuro se perciben análogamente como protobjetos ligados a la protoexperiencia, y dentro de las mismas los motivos y contenidos particulares como objetos de la experiencia temporal.

Interpretar las categorías pasado y futuro del campo de presencia del cognoscente en analogía con sus categorías espaciales izquierda y derecha nos lleva a considerar la posibilidad de una *hemiasomatognosia temporal*, pasada o futura. Al igual que en el caso espacial, la hemiasomatognosia temporal podría darse sobre las categorías mencionadas, o bien sobre los contenidos inscritos y representados en ellas. Tengamos en cuenta que, desde el punto de vista neurológico, las diferentes clases de amnesia y patologías de la memoria, ya sea retrospectiva o prospectiva, afectan a los contenidos, es decir, a *lo pasado* y *lo futuro*. Lo que aquí imaginamos como hemiasomatognosia temporal podría afectar, además de a los contenidos, a las categorías temporales, expresándose propiamente como negligencia de pasado, o de futuro. Continuando con la exploración de esta analogía el *yo corporal* (espacial), que se expresa por medio de las categorías izquierda y derecha del campo perceptivo, se hallaría en correspondencia con el *yo episódico* (temporal) que se expresa por medio de las categorías pasado y futuro del campo de presencia.

## § 11. La estructura dialógica del yo episódico.

Una expectativa, en cuanto contenido y objeto proyectado en la vertiente futura del campo de presencia, no persiste por sí misma sobre la línea vivencial correspondiente, sino en tanto es recordada (protenida) como tal objeto por el cognoscente; de ahí que una clase de memoria —la memoria prospectiva, interpretable como una especie de anticipación recordada— se introduzca también dentro de la categoría futuro. Ello nos sugiere tomar en consideración sobre los contenidos pasados y futuros una especie de dialéctica originaria entre las cualidades de *persistencia* y *variabilidad*. En tales términos, la persistencia caracterizaría mayormente *lo pasado*, en tanto que caracterizaría a *lo futuro* una mayor variabilidad. Notemos, al respecto, que si en lo futuro no hubiese persistencia no tendría sentido remitirnos a expectativas ni objetivos en él, ya que no serían recordados, por ausencia de la memoria prospectiva en la que persiste lo futuro. También sería imposible, en tal caso, la acción premeditada ligada a la motivación abstracta (§ 6). Alternativamente, si lo pasado no incorporase alguna variabilidad los recuerdos se mostrarían invariables, siempre los mismos, y no sería posible olvidar ni añadir contenido nuevo a su bagaje.<sup>16</sup>

Vamos a considerar las cualidades de persistencia y variabilidad como si se tratase de dos fuerzas complementarias encargadas de estructurar la representación

---

<sup>16</sup> Los recuerdos —de hace dos minutos, dos años o dos décadas— van y vienen cada hora que estamos despiertos. Cada uno sale de una vasta red de piezas interconectadas. Las piezas pueden ser unidades de lenguaje, emociones, creencias y acciones, y aquí, sin dilación, viene la primera conclusión sorprendente: dado que nuestras experiencias diarias alteran constantemente esas conexiones, un recuerdo es un poco diferente cada vez que volvemos a acordarnos de él (Ratey, 2003: 232).

del yo episódico en lo tocante a sus contenidos. La primera dominaría sobre lo pasado y la segunda sobre lo futuro. No obstante, según lo dicho, debe haber un germen de persistencia en lo futuro y otro de variabilidad en lo pasado. Este proceso de estructuración sobre el yo episódico se refiere al conjunto de contenidos pasados y futuros que lo configuran, y se lleva a cabo por medio del diálogo entre la persistencia y la variabilidad de los contenidos representados en el campo de presencia.

Concebida así la estructura de contenidos del yo episódico como un diálogo entre persistencia y variabilidad, como si se tratase de un equilibrio de fuerzas, cabe notar que este diálogo o equilibrio puede sufrir desajustes. Así, por ejemplo, un exceso de persistencia —o falta de variabilidad— de los contenidos pasados puede afectar a la capacidad de olvidar, como en el caso del personaje Funes (el memorioso). Por el contrario, la falta de persistencia de tales contenidos pasados puede relacionarse con las diferentes clases de amnesia mencionadas. Ya hemos señalado algunas consecuencias de la falta de persistencia de los contenidos futuros, como la imposibilidad de la acción premeditada y la negligencia hacia expectativas y objetivos, que expresaría la negligencia de base objetiva ligada a una supuesta hemiasomatognosia temporal. Por otra parte, una falta de variabilidad sobre contenidos futuros puede relacionarse con la forma de rigidez de la conducta denominada *dependencia ambiental*.<sup>17</sup>

La que vamos a denominar *estructura dialógica del yo episódico* —basada en el equilibrio entre la persistencia y la variabilidad de sus contenidos— puede verse afectada, por tanto, de diversas maneras. Hemos considerado ya algunas de tales afecciones en los problemas relativos a la recuperación del «qué» y del «cuándo» de los contenidos pasados. Se veían implicadas, en este caso, estructuras del cerebro tales como el hipocampo, el lóbulo temporal y el prosencéfalo basal. En lo tocante a los contenidos futuros, los desajustes del equilibrio entre su persistencia y variabilidad pueden reflejar modos de afectación diversos de la conciencia abstracta asociada al lóbulo frontal. Así, por ejemplo, problemas en la memoria de trabajo y en la excitación del lóbulo frontal pueden ser responsables del denominado *trastorno de hiperactividad por déficit de atención* (THDA). Se puede ver el THDA como una «adicción al presente» de pacientes impulsivos a quienes faltan inhibiciones, que no pierden tiempo en actuar porque están enganchados a una retroalimentación inmediata. El resultado es que quizá no le presten la atención debida a casi nada. Los individuos con THDA buscan la intensidad del presente porque sus sistemas de atención y de recompensa se alimentan con la persecución de placeres inmediatos. Este imperativo neurobiológico puede ser tan fuerte que domine sobre el consejo razonado de los lóbulos frontales o la memoria al decidir sobre acciones relativas a la obtención de estímulos. Los individuos sin lesión en el lóbulo frontal pueden predecir las consecuencias de sus acciones, «recuerdan» el futuro. Quienes padecen THDA carecen de esta capacidad. Planificar les abruma, y «se olvidan de recordar», y «se olvidan de recordar que existirán en el futuro», y así hasta el infinito. Además, no disponen de la capacidad de filtrar los estímulos extraños. Cuando estas deficiencias se juntan, la persona sufre una triada de carencias: mala memoria, mala concentración y mala planificación. El sistema ejecutivo queda saturado de ruido, lo que crea una incapacidad de prestar atención. Nume-

---

<sup>17</sup> Se trata de una patología asociada a daños en el lóbulo frontal. Quienes la padecen exhiben perseverancia y repetición excesivas. En una prueba diagnóstica si se les pide que sugieran diferentes usos alternativos para un objeto particular señalan reiteradamente el uso más habitual del objeto en cuestión. No son capaces de inhibir esta respuesta más obvia, de modo que puedan considerar otras menos comunes (un periódico, pongamos por caso, se puede leer, pero también puede servir para envolver, para hacer con sus hojas figuras de papel, como material combustible para encender una hoguera, etc.) La incapacidad para inhibir la respuesta más obvia se manifiesta también en la rigidez de su conducta, que queda atrapada irresistiblemente por los estímulos ambientales.

rosos indicios sugieren que una incapacidad de regular la función bloqueadora e inhibidora del lóbulo frontal desempeña un papel significativo en los síntomas del THDA (Ratey, 2003: 159, 150 y 246).

Los pacientes que tienen dañado el lóbulo frontal tienen problemas para concentrarse y bloquear los estímulos que no vienen al caso. En la dependencia ambiental el fuerte condicionamiento de los estímulos presentes provoca conductas estereotipadas, carentes de inhibición, que en la mayor parte de los casos resultan inapropiadas. Este condicionamiento ambiental puede, por ejemplo, hacer que el paciente que visita una casa inspeccione abiertamente los cuadros de las paredes, comentándolos y evaluándolos como si estuviese en una galería. Por estar muy a merced de los motivos ambientales, las personas con lesión en el lóbulo frontal tienen gran dificultad para elaborar planes de futuro y llevarlos a cabo. El proceso de la motivación abstracta es desplazado, en este caso, por asociaciones irrelevantes que no conducen a la consecución de ningún objetivo. Saber cómo alcanzar un objetivo implica ser capaces de elaborar un plan y de llevarlo a la práctica, evitando las distracciones. Los lóbulos frontales, y de manera más precisa la corteza prefrontal, son cruciales para estas funciones.

A la incapacidad de retener los contenidos en el ámbito de lo pasado le corresponde en lo futuro la incapacidad de proyectarlos, es decir, la incapacidad de prever o anticipar más allá de lo meramente actual, y la negligencia de base objetiva hacia lo proyectado; la imposibilidad, en definitiva, de planear y llevar a cabo acciones premeditadas. En tales casos el yo episódico se ve privado de la variabilidad como elemento propio estructurante, vinculado fundamentalmente a los contenidos de la vertiente futura de su campo de presencia. Si bien es patológica la incapacidad de retener y recordar lo pasado, también lo es la incapacidad de planear e insertar representaciones persistentes en la vertiente futura del campo de presencia. De este modo puede verse afectado el equilibrio entre los elementos dialogantes de persistencia y variabilidad, y por tanto la propia estructura del yo episódico. Consecuentemente, la desestructuración del yo episódico refleja la perturbación del diálogo mencionado.

Facultades cognoscitivas y neurológicas ligadas al elemento de persistencia son los diferentes tipos de memoria, tanto de pasado (retrospectiva) como de futuro (prospectiva). Ligadas al elemento de variabilidad están la capacidad de olvidar y la memoria de trabajo, considerada como memoria inhibidora y selectiva.<sup>18</sup> Las patologías que afectan el funcionamiento correcto de estas facultades perturban las condiciones del diálogo entre persistencia y variabilidad que estructura el yo episódico, en el ámbito de la conciencia superior o abstracta.

Vista la estructura de contenidos del yo episódico en términos del diálogo entre persistencia y variabilidad, el tiempo y su transcurso aparecen como meros elementos sintácticos del mismo. Así, por el transcurso del tiempo según el gradiente o movimiento 1 los contenidos procedentes del dominio de la variabilidad (lo futuro) pasarían al dominio de la persistencia (lo pasado). Cabría, entonces, interpretar lo pasado como persistencia novedosa, y lo futuro como una novedad persistente. El yo episódico se

---

<sup>18</sup> Aunque en ocasiones olvidar puede resultar frustrante, es totalmente necesario. De lo contrario nuestra actividad se vería impedida por un aluvión de recuerdos triviales, y correríamos la misma suerte nefasta que el ficticio y memorioso Funes. Igualmente ejemplar es el caso real del memorizador sinestésico S. V. Shereshevski, quien parecía haber perdido la capacidad de olvidar. Le molestaba continuamente una cantidad enorme de detalles triviales que atrapaban su atención. Este ruido de fondo minó su capacidad de dar sentido a lo que experimentaba. En el mismo sentido resulta paradójico que una de las funciones fundamentales de la memoria de trabajo sea, precisamente, impedir que se codifique información nueva; esta inhibición es una parte crucial del aprendizaje, ya que impide que el ruido de fondo distraiga la atención sobre lo importante.

estructura por medio del diálogo entre persistencia y variabilidad, con la particularidad de que al dominio de la persistencia lo denominamos «pasado» del yo episódico, y al de la variabilidad su «futuro», e interpretamos dicho diálogo en términos de una relación peculiar entre pasado y futuro, que denominamos «tiempo».

Una visión fatalista del diálogo entre persistencia y variabilidad consideraría que, puesto que todos los acontecimientos posibles ya están dados de antemano en el tiempo, únicamente cabe constatar su acaecimiento; se trata de una visión caracterizada por la persistencia total de todos los contenidos y su variabilidad nula (Figura 7a). Es la visión adoptada en algunas teorías físicas bajo la denominación de «Universo bloque».<sup>19</sup> Introduciendo en la visión anterior un ingrediente de variabilidad, se establece una forma rudimentaria de diálogo entre ésta y la persistencia de los contenidos (Figura 7b), que asociaría enteramente la variabilidad a lo futuro (zona 1) y la persistencia a lo pasado (zona 2). Se trata de una imagen, notémoslo, que adolece de algunas de las perturbaciones del diálogo ya señaladas, al privar a lo futuro de su germen de persistencia y a lo pasado de su elemento de variabilidad. Este detalle importante llega a ser tenido en cuenta en la estructura dialógica del yo episódico.



**Figura 7:** El diálogo entre las cualidades de persistencia (oscuro) y variabilidad (claro) de los contenidos que configuran el yo episódico.

Por su propia consideración como «objeto», todo contenido, ya sea pasado o futuro, debe inscribirse —con relación a la Figura 7— en un ámbito de persistencia. Ocurre, no obstante, que la estructura dialógica del yo episódico implica el equilibrio entre persistencia y variabilidad, de ahí que la diferencia entre el carácter de los contenidos de las zonas 1 y 2 se deba al elemento de variabilidad que los acompaña (Figura 7c). De acuerdo con lo dicho, esta diferencia puede interpretarse como una diferencia de tipo temporal, relativa a las categorías pasado y futuro, y así nos referimos a los contenidos en la zona 1 como *lo futuro* y a los contenidos de la zona 2 como *lo pasado*, con relación a la interfase entre ambas, que es el yo episódico. El elemento 4 es responsable, por tanto, de la variabilidad de contenidos de la zona de persistencia 2. Por su parte el elemento de variabilidad 3 envuelve a los contenidos en la zona 1, significándolos como futuros o potenciales con relación al elemento de persistencia 2. Debemos tener en cuenta que la zona 1 está poblada por contenidos tomados de 2 que caen del lado de la zona 3, en lugar de la zona 4, y realmente esta es la única diferencia entre ambos. Tanto la zona 1 como la zona 2 albergan contenidos, motivos, representaciones, *objetos para* el sujeto en el marco de su campo de presencia. Lo único que resta a los contenidos de la zona 1 para ser contenidos de la zona 2 es va-

<sup>19</sup> En relación con la naturaleza del mundo físico, el punto de vista del «Universo bloque» representa dicho mundo como un bloque de espacio-tiempo. Desde esta perspectiva no se contempla ninguna diferencia entre las nociones de pasado, presente y futuro, y se interpreta que el mundo no puede someterse a una división objetiva en términos de tales categorías; así pues, será la propia aportación temporal del sujeto la que divida el «bloque» en una parte *pasada*, una parte *presente* y una parte *futura*. El enfoque del «Universo bloque» se ciñe a la consideración de un «Universo parametrizado» en términos de la variable «t», como representación del mundo físico que es *objeto para* las teorías que lo describen mediante leyes y ecuaciones expresadas, precisamente, en función de esa misma variable.

ciarse de variabilidad, y esto es lo que interpretamos como el transcurso del tiempo según el movimiento o gradiente 1, como mero elemento sintáctico del diálogo entre persistencia y variabilidad.

La característica fundamental del transcurso del tiempo según el movimiento o gradiente 1 es que los contenidos pasan de la zona 1 a la zona 2. La explicación trivial de esta característica sería que realmente los contenidos *no pasan*, sino que ya pertenecen a sendos ámbitos de persistencia (zonas 1 y 2). Es, de nuevo, esa especie de visión fatalista que no considera la existencia de los elementos de variabilidad correspondientes a las zonas 3 y 4. Pues es, precisamente, por el elemento 4 que el contenido de la zona 1 puede pasar a engrosar el contenido de la zona 2, ya que el elemento 4 mantiene abierta y variable la zona de persistencia 2. Recordemos que el sujeto proyecta los contenidos en la zona 1 (lo futuro) a partir del bagaje de contenidos de la zona 2 (lo pasado), de modo que en realidad no hay mucha diferencia entre la tipología de ambos contenidos, salvo el elemento de variabilidad que los acompaña: el elemento 4 a la zona 2, y el elemento 3 a la zona 1. El elemento 4 ofrece a los contenidos en la zona 1 la posibilidad de incorporarse a la zona 2, lo que sólo podría ser impedido por el elemento 3. El movimiento inverso implica la proyección de contenidos, recién mencionada, de la zona 2 a la zona 1, con el cambio correspondiente del elemento de variabilidad asociado, pasando del elemento 4 al elemento 3.

En referencia a la Figura 7 señalemos que el elemento de variabilidad 4 es responsable de que lo pasado, la zona 2, se halle abierta a contenidos nuevos. Si ese elemento se anulase, el ámbito de lo pasado será incapaz de asumir tales contenidos nuevos, reflejando así una afectación patológica similar a la amnesia anterógrada. Podríamos decir que el elemento 4, en cuanto germen de variabilidad de lo pasado, mantiene este ámbito abierto a la incorporación de nuevos contenidos. Notemos que la zona 1 (lo futuro) es una especie de imagen invertida de la zona 2 (lo pasado), que alberga los contenidos que pueden llegar a incorporarse a esta última zona. Si se anula el elemento 3, los contenidos de la zona 1 carecerían de persistencia, y todo el contenido nuevo de la zona 2 procedería únicamente del ahora actual, por lo que no sería posible la acción planeada.

Al margen de la referencia particular a *lo pasado* y *lo futuro*, podemos preguntarnos —de acuerdo con los elementos de la Figura 7— sobre el sentido originario del *pasado* y del *futuro* mismos. Cabría pensar que tal sentido implicará los elementos 4 y 3, al margen por ello de todo contenido particular pasado y futuro. En tal caso, sería como si originariamente el pasado y el futuro mismos fuesen asidos por el sujeto en términos de variabilidad, y no de persistencia de contenidos. Alternativamente, se podría esbozar una posible percepción originaria del futuro en términos de *apertura* (suma de los elementos 3 y 4) y del pasado como *cierre* (suma de las zonas 1 y 2). Según una visión ingenua, aunque acorde con la experiencia cotidiana del tiempo, se podría asociar al pasado sólo la zona 2, y al futuro la suma de las zonas 1, 3 y 4. De acuerdo con este punto de vista se entendería el pasado como lo («eso», el contenido) que ya me ha sucedido (zona 2), y el futuro como lo («eso», el contenido) que todavía no me ha sucedido (zona 1), junto con todas sus alternativas (zona 3) y la posibilidad de que «eso» pueda incorporarse (zona 4) como contenido nuevo a mi pasado. Puede establecerse también una división grosera en términos de *contenido* y *continente*, de acuerdo con la cual las zonas 2 y 1 corresponderían respectivamente a lo pasado y lo futuro, como contenidos, y las zonas 4 y 3 al pasado y al futuro, en calidad de continentes de contenido *variable*. Según otra posible partición de los elementos de la Figura 7 cabe interpretar como Memoria del yo episódica la suma de las zonas 2 y 4, y como su Proyecto la suma de las zonas 1 y 3.

## § 12. Aspectos emocionales de la conciencia del tiempo.

Toda proyección de contenidos en el campo de presencia toma ya en cuenta la combinación de los gradientes 1 y 2, es decir, estos ya se hallan presentes en el significado intencional de lo proyectado como «eso». De modo que la proyección no es «eso, fuera de todo contexto», sino «eso, en el contexto de la estructura categorial y dinámica del campo de presencia», en la que se pone en juego la combinación referida. Los gradientes 1 y 2 pueden interpretarse como las dos componentes de un único movimiento, el transcurso del tiempo, pero considerado sobre categorías diferentes —distensivas y extensivas— del campo de presencia. Según hemos señalado el gradiente 1 actúa sobre motivos (objetos) y el gradiente 2 sobre la posición actual del yo volente (objeto). Los dos gradientes definen su acción, por tanto, sobre objetos, aunque pertenecientes a clases distintas del principio de razón. Ambos objetos se dan cita, no obstante, en el proceso de motivación.

El gradiente 2, que implica el movimiento del yo volente *hacia el después*, no se percibe, obviamente, como un movimiento actual, sino como una diferencia establecida en función de las categorías extensivas (antes / después) sobre la presencia del yo episódico. El gradiente 2 constituye un elemento de configuración del yo episódico, que mediante él se expresa como: «antes allí, ahora aquí, después más allá». No percibimos el gradiente 2 a no ser que  *miremos hacia atrás*, por lo que se pone en juego en su aprehensión un cierto tipo de memoria. Por el contrario, para aprehender el gradiente 1 debemos  *mirar hacia adelante* y percibir como persistente el contenido futuro proyectado. Son importantes, además, las nociones de  *cercanía* y  *acercamiento temporal* del motivo. Puede decirse que el gradiente 1 se infiere a partir de la comparación entre contenidos  *prospectivos*, en tanto que el gradiente 2 resulta de la comparación entre contenidos  *retrospectivos*.

El mismo tipo de inferencia se da en el caso del  *movimiento* en el espacio, si bien en este caso no se trata de una inferencia a nivel de la conciencia superior abstracta. Todo movimiento en el espacio es  *creado* por la conciencia cognoscitiva a partir de la consideración conjunta de dos posiciones o estados distintos no simultáneos. Fuera del ámbito de la conciencia es evidente que no existe la idea de movimiento. Si, como pensamos, la conciencia cognoscitiva es la responsable de inferir el  *movimiento*, esta noción deberá formar parte estructural de ella, en el sentido de erigirse —como la noción de  *tiempo*— en una de sus estructuras constituyentes básicas. En el marco de representación del campo de presencia (Figura 1) el movimiento entre dos posiciones actuales, digamos A y B, se infiere a partir de los contenidos  $A_B$  y B, por lo que se halla implicada en dicha inferencia la retención —como proyección intencional— del contenido  $A_B$ . Tal movimiento no se infiere, por tanto, de la sucesión de posiciones actuales A, B, C, sino de la operación intencional del cognoscente sobre los contenidos  $A_B$ , B,  $B_C$ , que los liga en la forma  $A_B$  (yo) B (yo)  $B_C$ . La presencia ineludible del «yo» que enlaza tales contenidos remite a la representación de la línea vivencial que los recoge, pero no a la línea de los ahora. Recordemos que en el marco del campo de presencia cada línea vivencial refleja su estructura categorial y dinámica, así como la del Ahora. De modo que vamos a considerar que el movimiento descrito remite, en última instancia, a esta estructura.

Al tomar en consideración la naturaleza de los gradientes o movimientos 1 y 2 debemos tener en cuenta que la conciencia cognoscitiva representa el tiempo como algo en lo que poder moverse. A tal respecto la representación del campo de presencia puede interpretarse como un espacio mental interno en el que tienen lugar los movimientos 1 y 2 anteriores. Estos resultan de trasladar al ámbito de la conciencia interna el modo general de captación —ya señalado— del movimiento en el espacio y aplicarlo sobre los contenidos y motivos abstractos representados en el campo de presen-



cia, en lugar de sobre los motivos intuitivos actuales que ofrece el campo perceptivo. En este sentido debemos observar que el animal —sometido sólo a motivos de carácter intuitivo— entiende el movimiento en el espacio externo, pero no en el espacio mental interno mencionado, precisamente por la ausencia total de representaciones en este último, en la forma de motivos y contenidos de carácter abstractos. En el caso del movimiento en el espacio externo se tiene una correlación permanente entre estados externos e internos, pero la conciencia abstracta puede extrapolar el ámbito de la misma, de tal manera que la correlación se establezca únicamente sobre estados internos, como en la forma referida  $A_B$  (yo) B (yo)  $B_C$ .

Tanto el gradiente 1 como el gradiente 2 reflejan movimientos de carácter local en el espacio mental interno del campo de presencia, en torno a la posición actual del cognoscente. Esta situación recuerda la que se tiene al contemplar el paisaje a través de la ventanilla de un tren en marcha. El movimiento es más evidente en los objetos (contenidos, motivos) cercanos del paisaje (campo de presencia), en tanto que los más alejados parecen no moverse. En esta consideración se muestra la importancia de las nociones de *cercanía* e *inminencia* temporal y, en relación con ellas, la de *cercanía emocional*, pues los contenidos activos del campo de presencia son aquéllos más cercanos al cognoscente, ya sea temporal o emocionalmente.

Los gradientes 1 y 2, como elementos de configuración del yo episódico, deben tener en cuenta tales aspectos emocionales. Las nociones de cercanía temporal y emocional son muy parecidas en lo tocante a su intensidad y significado. La cercanía temporal máxima, dada como la *actualidad* del contenido en cuestión, supone asimismo el máximo de su carga emocional. A tal respecto puede decirse que lo actual (dado ahora) es emocional y lo emocional actual, entendiendo esta última actualidad no únicamente en sentido temporal, sino como actualidad derivada de la carga emocional del contenido o motivo, que bien puede ser pasado o futuro. En términos dinámicos cabe considerar la variación de la distancia temporal entre el sujeto y el contenido en relación con la variación de su distancia emocional.

Atendiendo a estas consideraciones proponemos que sobre el contexto originario de significación que es el campo de presencia se tiende un contexto de significación *emocional* responsable de añadir un *significado emocional* al *significado intencional* originario de los contenidos. Así, del «eso» intencional se pasa al «eso es significativo» emocional. Pensamos que el significado emocional de un contenido puede ser de dos clases: *primario* o *secundario*, según las facultades cognoscitivas implicadas en su representación. En el caso de la conciencia animal —limitada a las representaciones intuitivas— si imaginamos el motivo en cuestión como «comida» su significado emocional se expresará como «eso (comida) es significativo». El significado intencional originario queda envuelto en un significado emocional. De hecho estos dos significados del motivo —su significado intencional y su significado emocional primario— no son desligables desde el punto de vista del proceso de motivación operado por la conciencia intuitiva. Sólo pueden desligarse en la conciencia abstracta, una vez entra en juego el significado emocional secundario del objeto, que se expresa como «eso es significativo por tal y tal». El significado emocional secundario aparece como contexto de significación en forma de teoría explicativa que implica el uso del lenguaje. De esta manera, en el paso del significado emocional primario al secundario, partimos del dominio de lo real (en la conciencia intuitiva) y nos adentramos en el de lo posible (en la conciencia abstracta), pues el hecho de razonar y reflexionar sobre el significado de la presencia del objeto, ofrece al cognoscente la ocasión considerar las consecuencias posibles de su ausencia. De este modo, el campo de presencia se ofrece a la conciencia abstracta como un campo de presencia y posible ausencia de contenidos «significativos por tal y tal». Para la conciencia intuitiva lo que se tiene, por el contrario, es sólo un ámbito de presencia de objetos y motivos significativos. En referencia a un

motivo particular «eso», la conciencia intuitiva percibe su significado intencional a través del significado emocional primario que lo envuelve: «eso es significativo». La conciencia abstracta lo percibe además a través de su significado emocional secundario, resultante de la verbalización de su significado emocional primario: «eso es significativo por tal y tal». Puede darse el caso, incluso, de que la verbalización del significado emocional primario del objeto lo descargue de su contenido emocional, obteniéndose su significado emocional secundario como un mero *significado verbal*.

Pensamos, por tanto, que el sistema límbico —en cuanto «cerebro emocional»— desempeña un papel importante en la configuración de la conciencia del tiempo, en conexión íntima con la corteza frontal. Cabe señalar, al respecto, el significado emocional que en el ámbito de la vivencia subjetiva del tiempo puede atribuirse tanto a la Memoria como al Proyecto. El sistema límbico comprende la amígdala, el hipocampo, el tálamo medio, el nucleus accumbens y el prosencéfalo basal; todas estas partes se conectan con el giro cingulado anterior, que es la puerta de entrada principal a la corteza frontal. Este sistema es el punto de partida de las emociones y el conector emocional con la corteza prefrontal cognoscitiva. Aun antes de que un contenido o motivo haya alcanzado los lóbulos frontales, donde entra en la aprehensión consciente y se le somete a una clasificación detallada, la amígdala lo ha marcado ya con un valor emocional. La amígdala proporciona así un sesgo preconsciente, en forma de intensidad emocional, a los contenidos, incluso antes de que se los haya prestado realmente atención. Puede actuar, y de hecho lo hace, por debajo de la conciencia. De esta manera, el etiquetado emocional permite juzgar y responder instantáneamente a los estímulos. Esta etiqueta emocional se traslada luego al giro cingulado anterior, antes de llegar a los lóbulos frontales. El giro cingulado desempeña un papel crucial en la iniciación, motivación y en los movimientos dirigidos a una meta. Está bien conectado con la amígdala y otras estructuras del sistema límbico que regulan las emociones. Evalúa la importancia del estímulo y determina para el mismo una respuesta apropiada (Ratey, 2003: 154 y 207).

El sistema límbico establece fuertes conexiones con los lóbulos frontales. La corteza superior y las estructuras límbicas están en comunicación continua entre sí. Hay muchas más conexiones que salen del pequeño centro emocional límbico y entran en los grandes centros lógicos y racionales corticales que a la inversa; puede que esa sea la razón de que las emociones dominen más en la determinación del comportamiento y de que a veces reaccionemos o hablemos antes de haber pensado (Ratey, 2003: 281). De manera sorprendente, cuando esas conexiones se dañan las personas pueden mostrar poco menoscabo cognitivo, pero su vida personal y social se desintegran. El estudio de estas lesiones ha mostrado que las emociones son una parte importante del razonamiento y la toma de decisiones. Cuando una persona sin daño neurológico encara un problema concreto generalmente no se molesta en sondear muchas de las soluciones posibles. Sólo elige para su consideración aquellas soluciones que le brindan una sensación positiva. Los problemas triviales no se analizan de manera interminable porque no merecen el esfuerzo de un razonamiento prolongado. Las personas con lesiones en las áreas frontales que reciben aporte límbico parecen perder la guía emocional en sus procesos de pensamiento.

Notemos que la actividad del sistema límbico es notablemente *centrípeta* con relación al cognoscente, pues es el sistema encargado de atribuir a sus representaciones un significado emocional intransferible. En el proceso de motivación es este sistema el que otorga a «eso» su significado emocional, y este acto de atribución sitúa al sujeto en el centro mismo (actividad *centrípeta*) del ámbito de la conciencia intencional.

Tomando en consideración los aspectos emocionales que aquí nos ocupan debemos destacar que la asignación del «cuándo» a un contenido determinado es total-

mente irrelevante si la comparamos con su aspecto substancial, con su «qué», y con la intensidad emocional de los contenidos que configuran la estructura dialógica del yo episódico, al margen de su mera estructura cronológica. Recordemos que en el marco de representación del campo de presencia las líneas vivenciales recogen el «qué» de los contenidos; su proyección sobre la línea metrizada de los ahora establece su «cuándo». Así, en casos de afectación severa de la memoria episódica, como los debidos a la combinación de amnesias retrógrada y anterógrada ya mencionados, los pocos recuerdos explícitos que se conservan suelen mantenerse vivos gracias a su carga emocional para el individuo. Por ello, la memoria emocional puede considerarse como una cualidad asociada claramente al elemento de persistencia de los contenidos que interviene en la estructura dialógica del yo episódico.

Los diferentes tipos de memoria episódica, retrospectiva y prospectiva, remiten respectivamente a lo pasado y a lo futuro (contenidos), pero no al pasado y al futuro originarios. De ahí que para la configuración del cognoscente en su fractura haya que buscar un contexto de experiencia, o protoexperiencia, en el que aparezcan de primera mano las categorías pasado y futuro, así como su fractura; un contexto de protoexperiencia temporal en el que tengamos atención de base categorial, sin atención de base objetiva.

Si consideramos el contenido asociado a una experiencia penosa, y lo situamos *en abstracto* en el ámbito de lo futuro y en el de lo pasado tendremos, en tal caso, un mismo contenido asociado a distintos continentes categoriales. Es evidente, no obstante, que el *recuerdo* de una experiencia pasada penosa difiere en todo género de su *expectativa* futura. La diferencia, además de tener que ver con el tono emocional asociado al contenido, puede referirse también al continente. En el ejemplo que aquí consideramos, la diferencia relativa al tono emocional remite directamente al continente, no al contenido (que es el mismo en ambos casos), de ahí que, como elemento de la protoexperiencia temporal, imaginemos una carga emocional diferente asociada a las vertientes pasado y futuro del campo de presencia. Pensamos, por cierto, que este elemento emocional puede relacionarse asimismo con las cualidades de persistencia y variabilidad que caracterizan, respectivamente, ambas vertientes.

El papel, hasta cierto punto inconsciente, de los aspectos emocionales en la configuración de la conciencia del tiempo nos lleva a pensar en la emocionalidad como una especie de temporalidad precognitiva —previa a la cognición—, ligada a un tiempo informe carente de estructura categorial definida. Podríamos hablar, en tal caso, de una *pretemporalidad* que llega a estructurarse como la *temporalidad* del cognoscente por la participación de la conciencia abstracta. Al fin y al cabo, el resultado final de esta conciencia abstracta es, precisamente, una noción abstracta de tiempo expresada como campo de presencia, con su correspondiente estructura categorial y dinámica. Lo que entendemos como pretemporalidad, o «temporalidad» *emocional*, se rige por otro lenguaje, no mediante la representación abstracta, sino por medio de la representación intuitiva. Vale decir de ella que es como la «temporalidad» de los animales, que se conducen únicamente a través de esta última clase de representaciones. Domina, por tanto, en la pretemporalidad el significado emocional primario asociado al significado intencional de los contenidos, al margen de cualquier contexto teórico de significación no originario.

Hemos señalado (§ 6) que en el proceso de motivación la sucesión en el tiempo de los actos de voluntad del sujeto volente implica únicamente las categorías extensivas (antes / después) del campo de presencia, si bien la representación del motivo que ocasiona tales actos se realiza tanto en términos de las antedichas categorías como de las categorías distensivas (pasado / futuro) del citado campo. En el caso de la motivación animal, puramente intuitiva, la presencia del motivo a la conciencia se ofrece de un modo meramente actual, por carecer de la representación abstracta que conceptúa como tales las categorías distensivas (pasado / futuro). Lo mismo puede

decirse de las categorías extensivas (antes / después). Por lo tanto, la representación bidimensional del campo de presencia queda, en este caso particular, totalmente abolida y, como consecuencia, también la noción de temporalidad del cognoscente, pues ésta y la citada representación dan cuenta de los mismos aspectos de la conciencia del tiempo. Estando así las cosas debemos apelar a la noción de pretemporalidad como marco en el que tiene lugar la motivación puramente intuitiva que aquí nos ocupa. La estructura categorial combinada del campo de presencia es reemplazada en este marco por una limitada estructura de precategorias extensivas que sirve de escenario a los actos de voluntad. Tales precategorias se configuran como categorías extensivas (antes / después) sólo en el ámbito de la conciencia abstracta al combinarse con las categorías extensivas (pasado / futuro) en la estructura categorial del campo de presencia. En el ámbito más limitado de la conciencia intuitiva la estructura precategorial ya mencionada sitúa al cognoscente en la posición de permanente actualidad característica de la conciencia animal, tan diferente, al respecto, de la humana (§ 6). Notemos que —por la ausencia de las categorías extensivas— esta posición no puede identificarse con un ahora, como punto de la línea de los ahora. Mucho menos con el Ahora, como posición de presencialidad del sujeto, pues la estructura categorial del Ahora es la misma que la del campo de presencia.

En el proceso de motivación desarrollado por la conciencia intuitiva el motivo se ofrece como *objeto para* el sujeto en virtud de su significado emocional primario, que envuelve a su significado intencional originario. No parece probable que el animal aprehenda el motivo como tal objeto, en su significado intencional, «eso», sino como objeto significativo a través de su significado emocional, «eso es significativo». Por lo tanto, en el contexto de la motivación intuitiva el elemento objetivo dentro del esquema general intencional «sujeto / objeto» remite al objeto significativo recién mencionado y al significado emocional primario que lo constituye como tal. Por otra parte, en el proceso de motivación ligado a la conciencia abstracta resulta posible, como ya hemos mencionado, deshacer *en abstracto* la madeja del significado intencional y del significado emocional primario de los motivos por medio de su significado emocional secundario, que implica conocer *porqué* «eso» es significativo, «eso es significativo por tal y tal», en lugar de aprehender primariamente que «eso es significativo».

## Referencias:

- BORODITSKY, Lera:
- (2000) «Metaphoric Structuring: Understanding Time through Spatial Metaphors», *Cognition*, 75 (1)
- DAMASIO, Antonio R.:
- (2002) «El tiempo mental», *Investigación y Ciencia*, Noviembre.
- ELIAS, Norbert:
- (1997) *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- EVANS, Vyvyan:
- (2004) *The structure of time: Language, meaning and temporal cognition*, John Benjamins.
- GENTNER, Dedre:
- «Spatial Metaphors in Temporal Reasoning», en M. Gattis (ed.), *Spatial schemas in abstract thought*, Cambridge, MA. MIT Press (2001)
- HUSSERL, Edmund:
- (1993) *Ideas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MERLEAU-PONTY, Maurice:

- (2000) *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península.
- RATEY, John J.:
- (2003) *El cerebro: Manual de instrucciones*, Barcelona, Mondadori.
- RUBIA, Francisco J.:
- (2002) *El cerebro nos engaña*, Madrid, Temas de hoy.
- SÁNCHEZ, Antonio:
- (1998) *Tiempo y sentido*, Madrid, Biblioteca Nueva - UNED.
- SCHOPENHAUER, Arthur:
- (1987) *Sobre la voluntad en la naturaleza*, Madrid, Alianza.
- (1989) *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Madrid, Gredos.
- (2000a) *El mundo como voluntad y representación*, México, Porrúa.
- (2000b) *Sobre la libertad de la voluntad*, Madrid, Alianza.
- SCHUTZ, Alfred:
- (1974) *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- TOBOSO, Mario:
- (2003b) «Tiempo y sujeto (I): Nuevas perspectivas en torno a la experiencia del tiempo», *A Parte Rei*, 27.
- (2003c) «Tiempo y sujeto (II): Sobre una noción de temporalidad del sujeto», *A Parte Rei*, 28.
- (2003d) «Tiempo y sujeto (III): Una revisión acerca del transcurso del tiempo», *A Parte Rei*, 29.
- (2003e) «Tiempo y sujeto (IV): La estructura temporal de la acción», *A Parte Rei*, 30.
- (2004a) «Tiempo y sujeto (V): Análisis del espectro de la experiencia temporal», *A Parte Rei*, 31.
- (2004b) «Tiempo y sujeto (VI): La diferencia originaria entre pasado y futuro», *A Parte Rei*, 32.
- (2004c) «Tiempo y sujeto (VII): El pasado, el futuro y la flecha del tiempo», *A Parte Rei*, 33.
- (2004d) «Propuesta de una nueva teoría del tiempo», *A Parte Rei*, 34.
- (2004e) «Tiempo y sujeto (VIII): Acerca del papel del tiempo en la autoconciencia», *A Parte Rei*, 36.
- (2005a) «Tiempo y sujeto (IX): Estudio de la conciencia en el marco de una nueva teoría del tiempo», *A Parte Rei*, 39.